

LA MENTALIDAD ANTICAPITALISTA

LUDWIG VON MISES

Unión Editorial, S.A., 2011 (112 páginas)

y

EL CAPITALISMO Y LOS HISTORIADORES

FRIEDRICH A. VON HAYEK

Unión Editorial, S.A., 1997 (208 páginas)

por Juan Perea Sáenz de Buruaga

I

INTRODUCCIÓN

«Can capitalism survive? No. I do not think it can» (¿Puede sobrevivir el capitalismo? No, no creo que pueda. 1976: 61)

«Can socialism work? Of course it can» (¿Puede funcionar el socialismo? Por supuesto que puede. 1976: 167)

Con estas efectistas sentencias, J.A. Schumpeter¹ proclamó que, en un indeterminado, aunque más bien próximo en términos históricos, futuro llegaría el final del capitalismo y el advenimiento del socialismo. Y ello como resultado de un proceso endógeno de autodestrucción en el cual el emprendedor e innovador

¹ Joseph Alois Schumpeter nació en 1883 en Triesch, Moravia (hoy República Checa, entonces Austria-Hungría) y murió en 1950 en Salisbury (Connecticut, EE.UU.). Estudió en la Universidad de Viena donde fue alumno de Eugen von Böhm-Bawerk y de Friedrich von Wieser. Aunque conoció en profundidad los postulados de la Escuela Austríaca, no se puede considerar miembro de esta escuela y mantuvo con von Mises un «silencioso reconocimiento de sus diferencias». Su azarosa vida y su fuerte carácter se vieron reflejados en su manera tan expresiva, original, exuberante y conflictiva de escribir.

capitalista tiene un papel fundamental: El proceso de destrucción creativa.

Tres son las razones en las que Schumpeter fundamenta su afirmación:

1. El propio proceso capitalista menoscaba la función empresarial o innovadora. Se trata de un proceso evolutivo de destrucción creativa («the perennial gale of creative destruction», 1976: 84).
2. El capitalismo erosiona su propio marco institucional al destruir sus estratos protectores (alta burguesía, pequeños empresarios, granjeros, etc.) y al debilitar la propiedad individual en favor del accionariado más difuso de las corporaciones modernas.
3. El capitalismo impulsa una actitud crítica y racionalista que se vuelve contra el propio sistema, apoyada por un amplio grupo de intelectuales que tienen interés en que exista un malestar social. A ello se añade el ‘mercado de las emociones’ donde abunda la manipulación más burda.

El trabajo que he realizado aborda esta tercera razón, presentando y combinando dos niveles de análisis:

1. La defensa por parte de un grupo de expertos en Historia Económica de un periodo tan importante en la evolución del sistema capitalista como fue la llamada «Revolución Industrial». Este nivel ocupa la mayor parte del trabajo, en el que he resumido la obra coordinada por Friedrich A. Hayek², *El capitalismo y los historiadores* (1997).

² Friedrich August Hayek (Viena, 1899-Friburgo, 1992), Premio Nobel de Economía en 1974 y probablemente el más conocido economista de la Escuela Austriaca. Fue discípulo de Ludwig von Mises y además de economista estudió Derecho y Filosofía, disciplina a la que dedicó gran parte de sus escritos a edad más avanzada. Profundizó, al igual que su maestro, en los temas del ciclo económico, la teoría del capital y las perniciosas consecuencias del intervencionismo estatal en la economía de mercado. Fue profesor en las universidades de Londres (LSE), Chicago y Friburgo, amén de prolífico escritor (25 libros y más de cien artículos).

2. Las razones por la que se va creando una mentalidad contra el capitalismo. He centrado este estudio en el libro *La mentalidad anticapitalista* de Ludwig von Mises³ (2016).

Esta mentalidad anticapitalista, a la que alude Mises, constituiría uno de los elementos más corrosivos para descomponer el capitalismo y dar paso al socialismo, «su claro heredero» según Schumpeter (*the heir apparent*, 1975: 61). Esa corrosión, incluso hasta la eliminación, del sistema que más libertad y prosperidad ha proporcionado a la humanidad, es la que pretendían los escritores socialistas, y en particular los marxistas (y también de otras ideologías de manera más inconsciente), cuando han denostado la Revolución Industrial, calificándola de periodo oscuro en la historia de la humanidad y relatando un catálogo de horrores que incluyen escenas dramáticas de explotación infantil y abusos de todo tipo.

Antes de continuar, veamos dos definiciones de capitalismo donde ya quedan claras las diferencias entre quienes se caracterizan por esta mentalidad anticapitalista y los defensores del libre mercado. Dice Robert P. Murphy (2014: 1) que capitalismo «es el sistema en el cual la gente es libre para usar su propiedad privada sin que nadie intervenga. Por eso también se le conoce como sistema de libre empresa (o de libre mercado), porque da a la gente libertad de elección: libertad para elegir su empleo, libertad para elegir vender sus productos al precio que quiera y libertad para elegir los productos al mejor precio.» Frente a esta definición, otras ponen el acento en la teoría de la explotación de los trabajadores (Proudhon, Rodbertus, Marx y otros) o «más sutilmente» en la propiedad de unos pocos frente a la colectividad. Entre ellas está la siguiente, correspondiente al matrimonio Webb (Beatrice y Sidney), del que

³ Ludwig von Mises (Lemberg, Austria, 1881-Nueva York, 1973) fue uno de los máximos representantes de la Escuela Austriaca. Economista, historiador y filósofo, es la persona más influyente sobre el Nobel F. Hayek, así como, junto con este, sobre los representantes de la moderna Escuela Austriaca de Economía. Sus aportaciones al pensamiento económico y al liberalismo son de gran amplitud, y abarcan campos como la metodología (praxeología), la teoría del ciclo económico, la crítica del socialismo y el intervencionismo, la defensa del libre mercado o la teoría del valor, por citar algunos. Ha sido una figura central durante el programa de master cursado.

hablaré posteriormente, que dice (tomado de Arthur C. Pigou, 1968: 7-8):

«Con el término «capitalismo» o «sistema capitalista» o con la expresión «civilización capitalista» si se prefiere, designamos aquel determinado estadio del desarrollo de la industria y de las instituciones legales en el cual el grueso de los trabajadores se encuentra separado de la propiedad sobre los instrumentos de la producción, de tal modo que se sitúan en la posición de asalariados cuya subsistencia, cuya seguridad y cuya libertad personal parecen depender de la voluntad de un sector relativamente reducido de la población, a saber: de aquellos que poseen —y que gracias a esa propiedad jurídica dominan— la organización de la tierra, la maquinaria y la fuerza de trabajo de la comunidad con la finalidad de obtener ganancias individuales y privadas para sí mismos».

La terminología de esta segunda definición es claramente «frentista» (unos contra otros, los pocos, dominadores, frente a los muchos, dominados, etc.) y da pie a una mentalidad anticapitalista que ha crecido como la espuma entre intelectuales de todo tipo a lo largo del siglo XX. La misma mentalidad que, cada vez que la economía sufre caídas bruscas o enferma con altas tasas de paro e inflación, consecuencia de la intervención del Estado, reclama «embridar a la bestia» (en alusión al capitalismo), poner límites a la libertad de mercado, aumentar la regulación y vigilancia, o directamente colectivizar o confiscar porcentajes importantes de propiedad privada. Una parte muy relevante de la intelectualidad hace gala de esa mentalidad, la elige como bandera, erigiéndose en defensora de la ciudadanía en general frente a un sistema al que acusan de cometer salvajes abusos, cuando en realidad es el que mayor libertad y bienestar ha aportado a las comunidades en las que ha predominado.

Schumpeter creía (1976: 146) que el capitalismo era especialmente vulnerable puesto que «en contraposición a cualquier otro tipo de sociedad, el capitalismo, en virtud de la lógica misma de su civilización, crea, instruye y subsidia un interés en la agitación social». Además, el capitalismo alimenta la sobreproducción intelectual (hasta el punto de que todo aquel con educación superior es

un intelectual en potencia) y esa libertad de pensamiento «mordisquea los fundamentos de la sociedad capitalista». Difícilmente puede el capitalismo, afirma Schumpeter, eliminar la disidencia intelectual, pues eso entraría en conflicto con la ley y el esquema de vida burgués. Para profundizar en estas ideas recomiendo la lectura del capítulo XIII (1976: pp.143-155).

Habiendo transcurrido 76 años desde que Schumpeter hiciese las anteriores afirmaciones sobre la descomposición capitalista y la transición a un régimen socialista, bien puede uno decir que la realidad las ha probado erróneas, aunque siempre existirá la posibilidad de que el futuro les dé carta de validez del mismo modo que un escéptico puede afirmar que es posible que el sol no salga algún día por el este. Es más, la situación mundial, a la vista de la transición hacia economías capitalistas de los no hace tanto tiempo sistemas socialistas (o a un sistema cuando menos dual en el caso chino), apunta hacia un proceso en el sentido contrario. Es a la vez observable que el Estado, nacional o supranacional como el caso de la Unión Europea, avanza imparable en muchos casos bajo la dirección de un socialismo amable (socialdemocracia) invadiendo numerosas parcelas de la vida privada de los ciudadanos y bajo la burda excusa de frenar los excesos del capitalismo.

Como escribí en un anterior trabajo⁴, es sabido que la mal llamada «intelectualidad progresista» ha adoptado tradicionalmente posturas muy críticas contra el capitalismo por los más variados motivos (desigualdad, injusticia, afán de lucro, automatización, etc.) casi siempre alejados del mínimo rigor analítico. Grandes grupos de comunicación, la mayoría de ellos operando con concesiones administrativas, agitan un 'mercado de las emociones' en el que el malo de la película siempre es el capitalismo. La denominada 'contra-cultura' así como la revolución cultural, constituyen ejemplos de lo anterior. Paradójicamente esta crítica surge de personas en su mayoría educadas en ambientes burgueses (y en numerosas ocasiones de la alta burguesía), beneficiarias del propio sistema que quieren menoscabar e interesadas en crear ambientes de malestar social e incluso de tipo pre-revolucionario, como

⁴ Trabajo sobre *Los fundamentos últimos de la ciencia económica*, de Ludwig von Mises. Para la asignatura de Fundamentos Metodológicos de la Escuela Austriaca.

muestra la belicosa terminología que emplean. La intelectualidad es casi siempre políticamente correcta con todas las culturas y sistemas excepto con la occidental y el capitalismo. «Qué es este ‘auto odio’ hacia nuestro poder de razonamiento? ¿A qué arenas move-dizas nos ha llevado la ofuscación intelectual?», se pregunta el periodista británico Andrew Anthony (2009: 27), quien concluye (2009: 373):

«Lo más fácil es que la derrota del liberalismo se la inflija él mismo, por una crisis de confianza y una pérdida de convicción. No es la primera vez que en Europa se impone ese afán autodestructivo que alimenta el extremismo y exalta la irracionalidad, con resultados catastróficos, por cierto. Pero cuando vuelva a ocurrir no será de la misma forma. Lo que es seguro es que la amenaza no es principalmente política sino intelectual. Y debido a una combinación de actitudes flojas y suposiciones equivocadas, fruto de la culpa y la complacencia, el liberalismo está mal preparado para enfrentarse con un desafío ideológico».

Basta darse una vuelta por las aulas de bachillerato de cualquier colegio español para ver cómo ha calado este discurso. Yo mismo he sido testigo, leyendo los apuntes de economía de mi hijo quinceañero, de las que Mises llama «consecuencias adicionales de la ignorancia del pensamiento económico» (2012), esta vez en forma de ataques sin ningún fundamento a la empresa privada («solo busca el beneficio y es egoísta», «contamina», «abusa de los trabajadores», etc.) y tergiversando el relato sobre el desarrollo económico durante la Revolución Industrial.

Es cierto que el capitalismo ha resistido muy bien a los embates arriba descritos. La alternativa socialista, teñida con las experiencias actuales y pasadas (empezando por Corea del Norte y acabando en la extinta URSS), no parece, ni mucho menos, más atractiva. Las críticas a este sistema económico se tiñen de antiamericanismo, por ser los EE.UU. la potencia dominante. Los fenomenales logros conseguidos bajo la libertad de mercado, en la que ese país es líder pese al creciente intervencionismo estatal, en campos diversos como el científico, el económico y el social, quedan muchas veces eclipsados por los abusos, que los ha habido, especialmente en el campo militar. Ahora bien, como dice Anthony (2009: 141):

«Es muy divertido ser antiamericano, pero lo que tendrían que preguntarse los progres es qué aspecto tendría el mundo con una superpotencia distinta. Si miramos las alternativas reales que el mundo conoció en el siglo XX (los imperios británicos y francés, la Alemania nazi y la Unión Soviética), Estados Unidos empieza a parecer bastante benigno y las opciones no parecen ser mucho más atractivas en el siglo XXI. ¿Mejoraría la suerte de la humanidad si China se convirtiese en la nación más poderosa de la tierra, como mucha gente de izquierdas parece desear fervientemente? ¿Y qué tal un neocalifato con armas nucleares? Y, ya puestos, tal vez podríamos tratar de imaginar un mundo en el que el abastecimiento energético estuviese sometido al chantaje de los fundamentalistas religiosos».

Asombra ver la falta de rigor de ciertos intelectuales (esos progres de los que habla Anthony) cuando escriben, siempre utilizando la clave dialéctica y marxista (lucha entre clases y explotación del trabajador), sobre las consecuencias del capitalismo (véase G. Perrault y otros, 2008) achacándole ser el culpable del desempleo, la desnutrición y la mortalidad infantil del ‘Tercer Mundo’, la guerra (sí, de todas las guerras), los refugiados, los movimientos migratorios masivos, la desigualdad extrema, etc. Y todo ello, dicen, se agravó tras la Revolución Industrial, después de un periodo de acumulación previa. Además, como expuso extensamente Milton Friedman (1912-2006), estos intelectuales tienden a no considerar como importante ni la libertad económica de los ciudadanos, ni la mayoría de los aspectos materiales de la vida de estos (1982: pp. 196-202). Para contrarrestar en lo posible estas tesis, es por lo que las obras que se presentan en este trabajo siguen siendo de gran actualidad y su difusión muy necesaria.

II SOBRE LAS DOS OBRAS ANALIZADAS

El libro *El capitalismo y los historiadores* se estructura en torno a siete artículos de seis autores diferentes reunidos bajo un denominador común: la visión que construyeron los historiadores económicos e intelectuales sobre la aparición del sistema industrial en Inglaterra

a finales de siglo XVIII y principio del XIX⁵. Visión que con el correr de los años, permanece impregnada en la opinión pública, en obras de historiadores contemporáneos, en libros de texto de economía y en discursos políticos. Tres de los artículos (el primero de los dos de Thomas S. Ashton, el de Louis M. Hacker y el de Bertrand de Jouvenel) fueron presentados como conferencias en la cuarta reunión anual de la Sociedad Mont Pèlerin⁶, que tuvo lugar en Beauvallon (Francia) durante el mes de septiembre de 1951. De alguna manera contravenía la norma de no publicar nada de lo expuesto en las reuniones sociales, pero el tema merecía que se hiciese una excepción. En cuanto a los demás trabajos, el segundo de Ashton (*El nivel de vida de los trabajadores en Inglaterra desde 1790 a 1830*) había sido publicado en el *Journal of Economic History*, suplemento IX, en 1949, y el de William H. Hutt en *Economica* (marzo 1929). Hayek preparó su ensayo *ad hoc* para este libro, al igual que Ronald M. Hartwell, quien también lo publicó posteriormente (1961) en *The Economic History Review* (volumen 13, número 3). La obra completa se publicó en 1956 (por The University of Chicago) aunque no fue editada con propósitos comerciales hasta 1963. El éxito comercial impulsó distintas traducciones, y se publica en español en 1974.

Este libro trata de contrarrestar la mala interpretación, muchas veces intencionada, que muchos economistas e historiadores

⁵ Indica Mises (2015: 730n) que «suele limitarse temporalmente la llamada «Revolución Industrial» a los reinados de los últimos ‘Jorges’ de la rama británica de los Hanóver en consciente deseo de dramatizar la historia económica a coincidir con los *procrusteanos* esquemas marxistas. La evolución que fue transformado los sistemas medievales de producción hasta llegar a los métodos típicos de la empresa libre fue un largo proceso que comenzó siglos antes de 1760 y que, ni siquiera en Inglaterra, había quedado completado en 1830. Es cierto que el desarrollo industrial de Gran Bretaña se aceleró grandemente durante la segunda mitad del siglo XVIII. Podemos, pues, emplear el término «Revolución Industrial» al examinar las connotaciones emocionales que el mismo sugirió a *fabianos* y marxistas, a la Escuela Histórica y al Institucionalismo americano».

⁶ *The Mont Pèlerin Society* fue creada en 1947 tras un primer encuentro convocado por F.A. Hayek (su primer presidente, quien pretendía crear una Academia de Filosofía Política de la Libertad) en la villa de Mont Pèlerin, cerca de Montreaux (Suiza), de intelectuales, la mayoría de ellos economistas, historiadores y filósofos. El objetivo era discutir la situación tanto teórica como práctica del liberalismo en el mundo. Actualmente se reúnen de manera bianual. Su actual presidente es Peter Boettke.

habían presentado sobre la Revolución Industrial en Inglaterra. Contraviniendo la norma básica de un historiador profesional, e incluso su código deontológico, estos autores habían «escrito sobre la historia para hacer historia». Distorsionaron los hechos para intentar probar que el capitalismo había disminuido los estándares de vida de la clase trabajadora en el periodo estudiado, cuando en realidad los trabajadores acudieron en gran número a las ciudades pues en estas encontraban mejores condiciones para subsistir que en el campo. Analizaremos las razones de esta tergiversación y sus consecuencias.

El historiador de la Universidad de Harvard Arthur Schlesinger hijo (1917-2007) fue especialmente crítico con la obra, y dijo que⁷: «Quienes han contribuido a este raro volumen, parecen estar guiados por un curioso sentido de persecución». Según Ralph Raico (2012: 113), Schlesinger ejemplifica el trato que los escritores (*hacks*, que también puede traducirse como jamelgos) beneficiarios del *New Deal* dieron a los intelectuales liberales clásicos. Schlesinger acusó a los historiadores liberales reunidos aquí de ‘caza de brujas’ al estilo de MacCarthy y denunció a la editorial (University of Chicago Press) por la publicación del libro, añadiendo que, «This volume is one more example of what Senator Fulbright recently called ‘that swinish blight so common in our time...anti-intellectualism’». ⁸ También hubo críticas menos tendenciosas (Myles Taylor) que adjudicaban a la obra el mérito de intentar dar un giro a la historia económica moderna respecto del consenso liberal de izquierdas de los Hammonds, de Tawney o de los Webb.

En el mismo año que se publica por primera vez la recopilación mencionada, 1956, aparece *La mentalidad anticapitalista*, de Ludwig von Mises. Se podría decir entonces que los representantes del pensamiento económico liberal se habían hecho eco de la «fama» que carga a sus espaldas el «capitalismo», fama de cruel, injusto, maligno, explotador de los trabajadores y generador de miseria, y se dispusieron a poner luz y reivindicar al sistema que ha elevado

⁷ Crítica aparecida en *Annals of the American Academy of Political and Social Science* (1954: 178)

⁸ «Esta obra es un ejemplo más de lo que el Senador Fulbright recientemente denominó como ‘esa sucia plaga tan común de nuestro tiempo...el anti-intelectualismo’».

el nivel de vida en un grado sin precedentes. El capitalismo ya se había convertido, para la opinión pública, en un ente impersonal y sobrehumano, casi místico, como si estuviera desconectado de la acción cotidiana de los hombres y mujeres, y de esta forma continuaba siendo objeto de odio, ataques y desacreditaciones sistemáticas.

Todos parten del mismo punto: cuestionar la interpretación que se dio en su momento a los fenómenos ocurridos con la aparición de las fábricas y, mientras algunos de los autores intentan explicar cómo se fueron generando tales interpretaciones, otros se dedican a recuperar datos que dejan evidencia clara sobre el problema entre los hechos acontecidos y su interesada interpretación⁹.

Mises analiza en su ensayo las razones de la actitud anticapitalista y ciertas ideas erróneas, como la de asimilar a empresarios y capitalistas con los nobles señores feudales de la sociedad clasista de los siglos medievales y de la edad moderna. La gran diferencia entre ambos grupos radica en el medio por el que se enriquecen. En el caso de los aristócratas feudales, su riqueza no es fruto del mercado, no producen nada, y el pueblo llano no tenía interés para ellos. Para el «burgués» capitalista, su riqueza proviene de producir bienes o servicios destinados a sus clientes, que pueden desaparecer en cuanto otro fabricante les ofrezca mejores productos o más baratos. En el sistema de libre mercado, los grandes ingresos y los más altos cargos, en principio, están a disposición de todos, aunque luego las áreas de actuación de cada individuo se desarrollarán según circunstancias y condicionamientos personales. Por tanto, podemos intuir que para los señores feudales esta posibilidad se convierte en una amenaza.

Para Mises, el odio al capitalismo se remonta hasta las bases de las leyes que rigen el sistema de mercado. Bajo el capitalismo, la posición de cada uno depende de su respectiva aportación al bienestar de sus semejantes. El individuo no puede atribuir la adversidad de su destino a circunstancias ajenas a sí mismo. En el capitalismo, la propia ineficacia queda de manifiesto y la

⁹ Es de destacar que Hayek nunca atribuyó mala fe a sus oponentes, algo que yo no comparto. Él fue caballeroso hasta el extremo, afirmando que tan solo estaban 'intelectualmente errados'.

frustración que genera se convierte en resentimiento. Psicológicamente, el individuo busca chivos expiatorios para calmar su malestar y dirige su resentimiento y envidia contra abstracciones tales como el capital, *Wall Street*, el sistema, las fuerzas productivas, etc.

Intelectuales, médicos, abogados, profesores, actores, escritores, arquitectos, científicos, ingenieros, periodistas..., a todos ellos les ocurre lo mismo y a mayor escala. Se sienten frustrados por el ascenso profesional de colegas, o antiguos amigos, que sí han alcanzado los cargos que ellos ambicionaban. Odian al capitalismo porque les duele el éxito de sus colegas. Culpan al sistema de su frustración en vez de revisar su vanidad desmedida. El intelectual en particular se enfurece cuando comprueba, además, que muchos trabajadores manuales ganan más que él, y efectivamente es así. El capitalismo no reconoce el «verdadero» valor del trabajo intelectual.

Las ideas revolucionarias y reformadoras del movimiento socialista/intervencionista, propio de la época precapitalista, se movían a impulso de las dos pasiones más poderosas: la envidia y el odio. Es obvio que, ignorancia mediante, esas ideas fueron acogidas con entusiasmo, e incluso aristócratas, clero y monarquía acabaron colaborando con los enemigos del capitalismo. La mentalidad anticapitalista se servía en bandeja de plata. El sociólogo Helmut Schoeck (1922-1993) realizó un estudio empírico sobre la envidia (1999) desde el punto de vista de la antropología, la etnología, la psicología social y la historia. En dicho examen afirma que «los seres humanos son propensos a la envidia que emana de un primitivo concepto de la causalidad, que interpreta que la buena fortuna de los demás se consigue a costa de la de uno mismo». La tesis de Schoeck mantiene que «los intelectuales de izquierda, especialmente los más jóvenes, en su farisaico idealismo, experimentan una sensación de superioridad moral tras haber hecho concesiones a la envidia».

Mises afirma que la gente no apoya al socialismo porque sepa que va a mejorar su condición, ni rechaza al capitalismo porque sepa que les perjudica. Se convierten al socialismo porque quieren creer que con él progresarán, y odian al capitalismo porque quieren creer que les daña. En verdad, la envidia y la ignorancia les ciegan y se resisten a aceptar la incomparable superioridad del nivel

de vida de un país capitalista comparado con el supuesto «paraíso soviético» o con la China de Mao. Como relata Sylvia Nasar (2012: 487-488):

«Asegurando que quería contrarrestar «las malintencionadas e incorrectas referencias a China en la prensa occidental», Joan (Robinson)¹⁰ atacaba a «los comentaristas que derramaban lágrimas de cocodrilo por la ‘hambruna’» y aseguraba que las comunas chinas habían sido «un método de organizar la asistencia» durante los tres «duros años» de inundaciones y sequías. Del mismo modo que Beatrice y Sidney Webb habían negado la hambruna ucraniana de 1932 en sus entusiastas crónicas de la Unión Soviética, Joan calificó las comunas chinas de «invención brillante» y concluyó que «el sistema de racionamiento funciona: las raciones son escasas, pero siempre se respetan».

Hoy sabemos que entre 1958 y 1962 murieron de 15 a 30 millones de campesinos en las provincias de Henan, Anhui y Sechuan —cifra que multiplica por diez las muertes por hambre en Bengala en 1943—, y que el motivo no fueron las condiciones climáticas sino la colectivización forzosa, el calamitoso Gran Salto Adelante y la negativa del régimen de Mao Zedong a enviar ayuda humanitaria».

Ya antes que Robinson, los Webb, Beatrice y Sidney, socialistas fabianos¹¹, habían alabado las bondades del gobierno de Stalin en la URSS y se mostraban tolerantes con Hitler y Mussolini. Stalin, cuenta Nasar (2012: 374) buscaba simpatizantes y aliados en los países occidentales,

«Las figuras de prestigio que acudían a su país eran más agasajadas que los militantes de base, y se les dedicaban atenciones extraordinarias...para que observaran lo que Beatrice (Webb) calificaba de «nueva civilización». Como sabemos hoy, mientras los Webb viajaban en limusina y trenes especiales, Stalin estaba

¹⁰ La más famosa de los discípulos de J.M. Keynes en Cambridge.

¹¹ Corriente socialista no marxista de origen británico, heredera del socialismo utópico de Robert Owen (1771-1858). La sociedad Fabiana fue fundada en 1884 por el matrimonio Webb (Beatrice and Sidney), fundadores a su vez de la London School of Economics en 1895. Beatrice era hija de un rico industrial, amiga de H. Spencer y de J. Chamberlain. Para conocer más acerca de su interesante historia, véase Nasar (2012).

convirtiendo Ucrania en un gigantesco campo de concentración... De regreso a Inglaterra, Beatrice Webb se sumó a la postura oficial de Moscú».

Además, los Webb siempre mantuvieron que el agro soviético no padeció hambrunas de 1929 en adelante, sino «huelgas generales del campesinado, opuesto a las políticas de colectivización» (op. cit. p. 375).

El agudo enfoque de Mises, que merece ser leído al completo en su obra y del que sólo extraigo los motivos psicológicos, se complementa con los resúmenes de los ensayos incluidos en *El capitalismo y los historiadores*. Entre estos, Hayek pone el acento en la interpretación socialista de la historia y los mitos y creencias sobre el capitalismo, Jouvenel profundiza sobre la responsabilidad de los intelectuales presos de prejuicios, Hutt subraya la influencia de la propaganda política en el transcurso de los hechos y su posterior interpretación, y Hacker pone la atención en el enfoque del anticapitalismo moral y político de Norteamérica. Hayek estaba convencido de la importancia de los intelectuales a los que había calificado como «los órganos que tiene la sociedad moderna para difundir el conocimiento y las ideas» y les caracterizó como los «distribuidores profesionales de ideas de segunda mano», asegurando que cuando un intelectual adopta una idea, su aceptación por la muchedumbre es «casi automática e irresistible»¹².

Finalmente, para alcanzar una visión completa sobre el fenómeno anticapitalista, es preciso detenerse en los trabajos de Ashton, que saca a relucir nuevas conclusiones sobre hechos y datos en torno al nivel de vida de los trabajadores de fabriles durante el periodo que va de 1790 a 1830, y el estudio de Hartwell que apoya la tesis de que el nivel de vida durante la Revolución Industrial tendía al aumento. El libro de Ashton sobre la Revolución Industrial (*La Revolución Industrial, 1760-1830*. Existe versión en castellano) se ha convertido en un pequeño clásico que, cuando se publicó (1948), rompió con la visión predominante sobre ese periodo. El autor alaba, como veremos en sus ensayos, la Revolución Industrial,

¹² Todo ello en Raico (2012: 117) sobre el ensayo de Hayek Los intelectuales y el socialismo

interpretándola como una respuesta colectiva ante el crecimiento que suponía vestir, alimentar e ir incrementando el bienestar de un número creciente de personas, cuya alternativa era la emigración, el hambre, la enfermedad y la muerte. Eso es a lo que grandes poblaciones de otras partes del mundo, especialmente de Asia, fueron condenadas al mantener estructuras económicas pre-industriales y a lo que un nutrido grupo de intelectuales con visiones románticas de idílicas villas campestres y paisajes rurales sin parangón, que pueden quedar destruidos por el salvaje capitalismo, parecía querer encomendar a sus compatriotas europeos y americanos.

III

RESUMEN DE EL CAPITALISMO Y LOS HISTORIADORES

Paso ahora a resumir los artículos que recoge el libro en el mismo orden en el que aparecen.

HISTORIA Y POLÍTICA

F. A. Hayek

El autor comienza el artículo afirmando que siempre ha existido una estrecha relación entre las convicciones políticas y las opiniones sobre los acontecimientos históricos, y se pregunta si todo lo que aprende el hombre de la historia es siempre verdad, puesto que las opiniones que construye no se basan en hechos objetivos, sino en las interpretaciones escritas a las que puede acceder. Las ideas históricas que guían el presente no siempre se corresponden con los hechos históricos. Así Hayek plantea que en la formación de opiniones han desempeñado igual papel tanto los mitos históricos como los hechos históricos, y adjudica mayor poder de influencia sobre la opinión pública a los historiadores que a los teóricos. Escribir historia, a diferencia de la investigación histórica, conlleva formular interpretaciones a la luz de determinados valores y prejuicios personales.

Durante las últimas generaciones, el pensamiento político ha estado dominado por una interpretación socialista de la historia y, en consecuencia, por una peculiar visión de la historia económica. Las convicciones políticas de la gente están condicionadas por estas especiales opiniones sobre la historia, y siguen siendo aceptadas universalmente a pesar de que se ha demostrado, hace tiempo, que son ficciones. El hombre medio se forma sus concepciones históricas a través de la conversación cotidiana, la escuela, el cine, la novela, el periódico y el discurso político. De este modo, ciertas ideas como el desarrollo y los efectos de los sindicatos obreros, el supuesto crecimiento progresivo del monopolio, la destrucción de mercancías a causa de la competencia o ideas sobre el papel de los capitalistas en la provocación de las guerras, forman parte del dogma político de nuestro tiempo. Ideas que forman parte de la opinión de nuestros contemporáneos y que no pasan de ser meros mitos y leyendas políticas.

El mito de primer orden trata de la leyenda según la cual la situación de las clases trabajadoras empeoró como consecuencia de la implantación del capitalismo. El rechazo al capitalismo está ligado a la creencia de que el aumento de la riqueza se consiguió al precio de un deterioro del nivel de vida de las capas sociales más débiles. Esta interpretación socialista de la historia económica aparece no sólo en la literatura política hostil al capitalismo, sino también en casi todas las obras sobre la tradición política del siglo XIX. Naturalmente, para el profano, la verdad de los hechos (el lento e irregular ascenso de las clases obreras que tuvo lugar entonces) es mucho menos sensacionalista e interesante. El progreso fue precedido por siglos en los que la posición de los más pobres se mantuvo invariable. Sin embargo, la gran transformación de la primera mitad del siglo XIX había empezado mucho antes; la libertad económica, tan importante para el rápido aumento del bienestar, era solo un subproducto casi casual de las limitaciones que la Revolución del siglo XVII¹³ había impuesto a los poderes del gobierno. Induce a error hablar del capitalismo como si se tratase de un

¹³ Se refiere el autor a la Revolución inglesa que abarca el periodo entre 1642 y 1689 (tres guerras civiles, protectorado de los Cromwell y restauración de los Estuardo).

sistema completamente nuevo y distinto que hubiera nacido súbitamente a finales del siglo XVIII.

La verdadera historia de la conexión entre el capitalismo y el creciente proletariado es la contraria de la que sugieren esas teorías de la expropiación de las masas. La verdad es que, durante la mayor parte de la Historia, para la mayoría de los hombres la propiedad de los medios de producción fue condición esencial para conservar la vida o, por lo menos, para poder fundar una familia. Solo cuando el uso de las máquinas produjo mayores beneficios (el capital, obviamente, no se invirtió por motivos altruistas, sino que se buscaba un lucro) apareció la posibilidad de que el excedente de población que en el pasado había aparecido constantemente (y estaba condenado a morir) ahora conservase la vida. Las estadísticas demuestran que la aparición de la moderna industria tuvo por efecto un aumento de la población. Este incremento poblacional solo pudo tener lugar gracias a las nuevas posibilidades de ocupación creadas por el capitalismo, que permitió que un número mayor de hombres pudiese mantenerse gracias a su trabajo. Pese a todo, curiosamente la vieja idea, aunque ya refutada, sigue influyendo sobre la opinión pública. Una de las razones fundamentales para ello, consiste en que se empezó a tener más conciencia de determinadas situaciones que anteriormente habían pasado inadvertidas. El aumento de riqueza y bienestar aumentó las exigencias y propició el despertar de la conciencia social. La privación económica, que antes se había considerado como una situación normal e inevitable, apareció ahora como incompatible con las posibilidades que parecía brindar la nueva era. Si bien se ha demostrado que existía miseria, no hay ninguna prueba de que fuera mayor o igual que la del tiempo anterior.

El tránsito de una opinión optimista sobre los efectos de la industrialización a una opinión pesimista no se produjo en los entornos fabriles, sino en la discusión política de la capital de Inglaterra. Los terratenientes utilizaban argumentos en base a supuestas condiciones «terribles» que se daban en la población fabril, para así replicar a los fabricantes en su confrontación sobre las leyes de cereales y el librecambio, apoyadas por los fabricantes. De este tipo de argumentos, que circulaban en la prensa conservadora, los intelectuales sacaron los puntos de vista que sirvieron

como propaganda política, y se convirtieron en la opinión casi indiscutible de los historiadores económicos de la segunda mitad de siglo. El interés que despertó la historia económica estaba estrechamente vinculado al interés por el socialismo que tenían quienes se dedicaron al estudio de la historia económica.

Todas las escuelas socialistas intentaban probar que el sistema de propiedad privada de los medios de producción era una forma degenerada de un sistema de propiedad colectiva anterior, más natural. Se apoyaban en el prejuicio teórico de que el avance del capitalismo se producía en perjuicio de las clases trabajadoras. Por otro lado, muchos científicos que creían poder explicar los hechos sin intención de crear instrumentos de agitación política, llegaron a resultados igual de sesgados. El motivo de tales conclusiones se debe a la utilización del método de la Escuela Histórica, el grupo más influyente de los historiadores económicos, predominantemente socialista en sus tendencias. El sesgo académico provenía de una atmósfera general que aniquilaba a cualquier científico que se atreviera a contradecir la doctrina dominante, a quien no condenara al sistema capitalista.

Muchas de las tergiversaciones de los hechos que hicieron los primeros historiadores económicos muestran que han sido víctimas de las opiniones populares de su época, apoyados en un error de lógica por el que exageraron datos esperados y no observaron otros efectos. Crearon interpretaciones erróneas sostenidas de buena fe, pero no se debe admitir que los hechos sean desfigurados y se enturbien los méritos de un sistema que, por primera vez en la historia de los hombres, hizo surgir el sentimiento de que la miseria podía ser evitada. Es verdad que, debido a la libertad de empresa, muchas personas perdieron su posición privilegiada que les garantizaba cómodos ingresos al margen de la competencia, pero cuando se argumentan los efectos sobre el nivel de vida de las masas trabajadoras, apenas se puede dudar de que la industrialización tuvo como consecuencia un movimiento ascendente general.

El reconocimiento científico viene de la mano de historiadores de la economía de sólida formación, consagrados al estudio del desarrollo económico. Sin embargo, los resultados que han venido obteniendo apenas han encontrado eco fuera de sus círculos

profesionales. El proceso a través del cual los resultados de la investigación se acaban convirtiendo en patrimonio intelectual se ha mostrado, en este caso, más lento que de costumbre, pues tales resultados contradecían al conjunto de las ideas dominantes.

Ha llegado la hora de que la verdad acabe imponiéndose sobre la leyenda que ha dominado a esa opinión. El reconocimiento de que toda la clase trabajadora obtuvo una ventaja del desarrollo de la moderna industria es compatible con el hecho de que algunos individuos o grupos, por un cierto tiempo, tuvieran que sufrir las consecuencias de la industrialización. De todos modos, es más que dudoso que la suma de los sufrimientos ocasionados pueda compararse con la miseria que una serie de malas cosechas podía producir en cualquier comarca antes de que el capitalismo hubiese elevado considerablemente la movilidad de los bienes y del capital. La desgracia que afecta a un pequeño grupo en medio de una sociedad floreciente se siente probablemente como una injusticia, mientras que en tiempos anteriores se había considerado como un destino inmodificable.

Muchos de los reproches que se le atribuyen al sistema capitalista deben ser atribuidos a formas precapitalistas: elementos monopolísticos que, o bien resultaban de erróneas intervenciones estatales, o bien obedecían al desconocimiento de que, en aras a que el orden de la competencia funcione sin fricciones, es necesario que exista el marco legal correspondiente.

EL TRATAMIENTO DEL CAPITALISMO POR LOS HISTORIADORES

*T. S. Ashton*¹⁴

El autor toma para la reflexión las ideas que aparecen en los trabajos de cientos de jóvenes alumnos suyos y de otros países, que, debido a su condición docente, debe revisar. Jóvenes que dentro de

¹⁴ Thomas Southcliffe Ashton (1889-1968) fue un historiador británico y profesor de historia económica en la Universidad de Londres. Experto en historia de la Revolución industrial, su trabajo más conocido es *La Revolución Industrial* (1760-1830)

poco ocuparán posiciones que influirán en formar lo que se llama «opinión pública».

Llama la atención del autor que la visión de estos jóvenes sigue estando influida por escritores populares e historiadores profesionales de la época que ahora son objeto de sus análisis (el transcurso de la historia entre 1760 y 1945). A pesar de haber consultado los datos originales, los jóvenes habían sido incapaces de hacer un análisis más completo que les permitiera llegar a conclusiones diferentes. Seguían manteniendo la creencia de que las fuerzas económicas son malignas y opresivas por naturaleza. Se apoyaron en pruebas sensacionalistas de injusticia y compusieron una dramática historia de explotación, tal y como habían hecho los historiadores económicos hasta la fecha.

El supuesto empeoramiento de aquella época, que atribuían a las malas condiciones de los talleres y de las ciudades industriales, se había producido al tiempo que se extendía el uso de las máquinas, por lo que era fácil adjudicar a las máquinas y a sus propietarios la responsabilidad de tal empeoramiento. Friedrich Engels, con su descripción de las condiciones de la clase trabajadora de Inglaterra en 1844, constituye un buen ejemplo de esa interpretación al afirmar que «la historia del proletariado en Inglaterra empieza con la invención de la máquina a vapor y las máquinas para elaborar el algodón». Se crea un estado de opinión contra la máquina, hostil a sus productos y a toda innovación en el consumo, como por ejemplo hacia la vestimenta (nuevos tejidos), las bebidas (té) y las comidas (patatas). Una visión pesimista queda impregnada en la mirada de la época. Años más tarde, las investigaciones de Bowley y Wood demostraron que la trayectoria de los salarios reales, a lo largo de dicho período y posteriormente, fue ascendente. En cualquier caso, este dato no pudo corregir el sesgo interpretativo; admitiéndose que el mal estado de las viviendas y las condiciones insalubres de las ciudades eran las pruebas que demostraban que las condiciones de trabajo habían empeorado. De este modo se fue construyendo y extendiendo la leyenda pesimista que resumió Engels en 1844: «todo lo que produce horror e indignación es de origen reciente, pertenece a la época industrial».

Ashton profundiza sobre las dos cuestiones, vivienda y salubridad de las ciudades, haciendo un análisis crítico de reconstrucción

histórica que evidencia el pesimismo de las tesis corrientes sobre el desarrollo económico del siglo XIX. Reprocha a los historiadores que no hayan examinado estos problemas desde otras perspectivas: los movimientos migratorios internos y externos y el aumento de la población local elevaron la demanda de viviendas que se debía atender a un ritmo acelerado y, por otro lado, las cuestiones técnicas que afectaban al alcantarillado, higiene y ventilación se las ciudades. Las casas se construyeron rápidamente y con materiales de baja calidad. Los constructores de estas casas eran hombres de escasos medios, jornaleros, mientras que las empresas constructoras se dedicaban a las casas señoriales y edificios públicos. Los precios de los materiales de construcción sufrieron una subida desmesurada debido a cargas impositivas que el Estado impuso a ladrillos, baldosas, piedras, pizarra, madera y hasta al papel para decorar. Añádase la carga de impuestos locales que se aplicaban a las viviendas que, aunque los pobres estuvieran exentos, los propietarios repercutían en el precio del alquiler. Por otro lado, la salubridad de las ciudades se vio afectada por otros impuestos adicionales sobre las viviendas que gravaban las ventanas según su cantidad (motivo por el que en muchas viviendas cegaron ventanas), poniendo así precio al aire y a la luz. A su vez, el elevado coste de los materiales de construcción disuadía de la construcción de desagües y alcantarillados. Ahora bien, sin los tubos de hierro, uno de los productos de la Revolución Industrial, jamás se podría haber resuelto el problema de poner a la gente en condiciones de vida higiénica en las ciudades.

Otra crítica que lanza el autor sobre los historiadores económicos del siglo XIX, es que no manejaron una relación clara entre historia y teoría. La tendencia era escribir la historia en términos distintos de los económicos. De hecho, introdujeron expresiones que eran más bien de carácter político en vez de económico. Claro ejemplo es la consabida expresión «Revolución Industrial», que tiene su origen en escritores franceses de finales del siglo XVIII bajo la influencia del fermento político de su propio país. Otro ejemplo de intrusismo en la historia de la economía es la frase *laissez faire* (utilizada por primera vez por el marqués D'Argenson para indicar un principio tanto económico como político) con ambivalente significado, pudiendo incluso servir para permitir la

intervención estatal (como hizo Alfred Marshall). Durante dos generaciones los historiadores de la economía han desatendido los problemas económicos o los han tratado superficialmente. Cada vez que surge un problema real, rara vez descubren su naturaleza y su verdadera causa. La lógica brilla por su ausencia, declara Ashton refiriéndose a explicaciones como que el comercio sólo puede prosperar cuando hay un excedente, o que las inversiones en el extranjero tienen lugar únicamente cuando el mercado nacional de capitales está saturado, u otras similares. Absurdas afirmaciones que demuestran la ignorancia de las bases de la teoría económica, y que llevan a los historiadores a dar interpretaciones políticas a toda tendencia favorable. Solo Sombart¹⁵ subraya la necesidad de la teoría al escribir sobre historia. Para él «los hechos son como perlas y necesitan un hilo que las una... Sin teoría no hay historia». Una teoría que otorgue sentido y significado a los hechos. Así observa que casi todos están de acuerdo en que el capitalismo implica la existencia de una técnica racional, un proletariado que vende su trabajo y no el producto de este, y una clase capitalista cuyo objetivo es el beneficio ilimitado.

El principal esfuerzo de los historiadores posteriores a Sombart fue indagar sobre el «planteamiento genético» del problema del capitalismo, bajo el supuesto de que, en alguna fase de la historia humana, los hombres se hicieron por primera vez racionales y deseosos de ganancias. Presentaron al capitalismo como una serie de etapas para, de ese modo, explicar mil años de desarrollo económico y cayeron en el error de forzar los hechos, dando como resultado absurdas leyendas y monstruosas tesis. Tanto Marx como Sombart, e incluso Adam Smith, no comprendieron la verdadera naturaleza de lo que hoy llamamos Revolución Industrial. No concebían un sistema económico que se desarrollara espontáneamente, sin ayuda del Estado o de los filósofos. No obstante, el mayor daño causado recae sobre el énfasis dado al espíritu del capitalismo, convirtiéndolo en una fuerza impersonal y sobrehumana. No se trata de hombres y mujeres que ejercitan su libre

¹⁵ Werner Sombart (1863-1941), economista y sociólogo alemán considerado como el líder de la Joven Escuela Histórica. Su obra *El capitalismo moderno* popularizó el uso de la palabra capitalismo antes divulgada por Marx y Engels).

elección y realizan los cambios, sino sólo el espíritu capitalista. Se ha introducido un nuevo misticismo en la mera narración de los hechos.

Sombart, Schumpeter y sus seguidores se preocupan más de las causas finales que de las eficientes. Se trata de una concepción *ex post* y no *ex ante*. Las cosas suceden porque el capitalismo hace que sucedan así, incluso por un fin que todavía no se ha alcanzado. El «modo genético» concibe escribir la historia presentando la gradualidad de lo inevitable, como se puede apreciar en esta cita de Schumpeter: «Una forma socialista de la sociedad surgirá inevitablemente de una igualmente inevitable descomposición de la sociedad capitalista».

Ashton plantea que el futuro de la historia de la economía radica en una estrecha cooperación con los trabajos de los economistas y propone desechar aquellas expresiones que tal vez tuvieron su finalidad en generaciones pasadas. Concluye su reflexión expresando que el progreso brota de las acciones espontáneas y de las opciones de la gente común, y que no es cierto que todo marche hacia un fin predeterminado, impulsado por una fuerza impersonal llamada capitalismo (cualquiera que sea su significado). Cierra su exposición citando a Calvin Coolidge, quien dice: «donde es el pueblo el que gobierna, la gente no se libera de sus cargas tratando de pasárselas al gobierno».

LOS PREJUICIOS ANTICAPITALISTAS DE LOS HISTORIADORES NORTEAMERICANOS

*Louis M. Hacker*¹⁶

Dedica su artículo a comentar el significado general de las ideas expuestas por Ashton y a discutir la actitud actual (década de 1950) de los historiadores norteamericanos ante el capitalismo. Está de moda calumniar al siglo XIX, dice Hacker, a la vez que se idealiza

¹⁶ Louis Morton Hacker (1899-1987) fue un historiador norteamericano, experto en historia económica y de los EE.UU., y decano de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Columbia (Nueva York). Fue un activo defensor de las libertades civiles y de la educación de las personas adultas.

la época preindustrial. Lo cierto es que en el siglo XVIII no existía interés alguno por mejorar y se consideraba que el hombre era incapaz de ejercitar su inteligencia en orden a vivir una vida equilibrada.

Se acusa al siglo XIX de inhumano, acusación del todo falsa por varios motivos: porque el siglo XIX introdujo por primera vez una política estatal en gran escala a favor de la salud y de la instrucción pública; porque al producir mercancías baratas, hizo posible la sorprendente elevación de los salarios reales en las economías industrializadas; y porque al permitir la transferencia de grandes cantidades de capital, abrió posibilidades de desarrollo y producción en los países atrasados. El extraordinario desarrollo de las ciudades fue una característica de la industrialización, y los obstáculos que existieron para alcanzar un progreso mayor del que se produjo obedecen a malas políticas fiscales y al rápido aumento de la población.

Hacker valora la perspicacia de Ashton para detectar detalles altamente relevantes que se traducen en un duro golpe a la teoría de explotación de los marxistas y socialistas fabianos, a la interpretación genética de marxistas y sombartianos y a la ley de la dialéctica de Marx y Engel. Concuerda con Ashton en su análisis y señala otro curioso defecto en la interpretación marxista de la historia: el feudalismo se convirtió en capitalismo como resultado de un cambio dialéctico. El análisis «genético» o por etapas de Marx y Sombart no sólo es falso, sino que ha causado al mundo incalculables sufrimientos. Error que resulta de la unión de una teoría gradualista con la dialéctica y con la teoría de la «superestructura». Así se consiguió que la interpretación del desarrollo económico fuese determinista, fatalista, llegándose al inevitable comunismo como consecuencia del análisis marxista, y al Tercer Reich como consecuencia de la teoría *sombartiana* de las etapas. Las filosofías de la historia de Sombart y de Marx son un conjunto de disparates absurdos y peligrosos.

Sin embargo, un análisis por etapas puede arrojar luz para explicar los cambios en la actitud de los poderes públicos, siempre que no sea dialéctico o determinista, como es el caso del de Marx, ni dialéctico o racionalista, como lo es el de Sombart. Por ejemplo, la revolución americana no se puede explicar completamente en

términos de rechazo del sistema mercantilista, ignorándose la teoría del imperio y la teoría jurídica que se desarrolló en la América colonial. La historia económica es completa cuando se le presta una atención constante al papel del Estado como poder de progreso o de inmovilismo. En este sentido, la idea del *laissez faire* es una ficción en presencia de un Estado que se niega a adoptar ciertas políticas que influyen en los acontecimientos económicos de manera tan decisiva como cuando interviene. Hacker defiende este análisis por etapas porque además de una visión completa, permitiría admitir que, en determinados momentos del desarrollo histórico de una nación, los intereses de un grupo u otro se vuelven predominantes y articulados, y es entonces cuando toma forma, para bien o para mal, la acción de los poderes públicos. Tal es el caso en Inglaterra, antes del período 1830-1850, donde el interés económico dominante era el mercantil, opuesto al industrial. De ahí que la acción de los poderes públicos fuese indiferente a las necesidades de los empresarios industriales que entonces estaban surgiendo. Ashton señala que los economistas de aquel periodo eran economistas políticos, lo cual no debe sorprender si se tiene en cuenta que el Estado debía cumplir nuevas funciones extraordinarias para afrontar aquella época de transición. Por consiguiente, la historia económica está compuesta de muchas partes: teorías políticas, ideas morales y política fiscal sobre los cambios de producción y consumo. Debería estudiarse con mejor sensibilidad y examinar atentamente la política fiscal y la asunción de riesgos asumiéndolos como problemas estrechamente ligados.

Concluye la primera parte de su exposición haciendo referencia a que el termino «capitalismo» debe conservarse, defenderse y limpiarse de las escorias que ha venido acumulando desde los tiempos en que escribieron Marx, Engels y Sombart. Escorias pesadas como revolución dialéctica, explotación del hombre, espíritu racionalista, avaricia personal; todos los sentimientos torcidos de cien años para referirse a un sistema y a un conjunto de actitudes que han hecho posible el progreso material y el alivio del sufrimiento humano. El capitalismo, según el análisis histórico, puede ser definido como la función de asumir riesgos por parte de los individuos junto al desarrollo y mantenimiento de una juiciosa política fiscal por parte del Estado.

Sobre la postura actual de los historiadores americanos respecto al papel del capitalismo en el desarrollo del país, Hacker señala que no existe un notable prejuicio anticapitalista. Las ideas de Marx han tenido una breve y poco importante influencia. Los historiadores americanos tenían gran interés por la historia política y militar, y describieron el desarrollo de la historia americana en términos nacionalistas. Temas exclusivamente americanos atraían su interés y nunca se trataron desde una perspectiva universal o generalista. La confrontación se generó en torno a las ideas *hamiltonianas* y *jeffersonianas*, es decir, sobre la creación de una autoridad central fuerte o débil; la inserción de temas morales en los debates públicos americanos: la esclavitud, los derechos de la mujer, o el prohibicionismo.

Para explicar el prejuicio anticapitalista que se encuentra en muchos historiadores actuales, Hacker menciona a Charles A. Beard y Gustavus Myers. Beard jamás demostró interés por los procesos capitalistas ni por sus consecuencias económicas, sino que se limitó a rechazar por motivos morales más que por motivos ideológicos, de clase o de dialéctica, y Myers, con postura parecida, predicaba la instauración de una comunidad socialista pero no en términos revolucionarios o dialécticos. Asumía que el capitalismo es perverso y debe ser sustituido, mediante elecciones, por el socialismo democrático. Las ideas influyentes que se difundieron a través del pensamiento de Myers y Beard son: 1) que las grandes fortunas de América se construyeron mediante el fraude; 2) que de este modo se saquearon los recursos naturales del país; y 3) que las consecuencias sociales de la propiedad privada y de la riqueza privada fueron perjudiciales, ya que hicieron surgir las clases y pasar a segundo plano a la agricultura. Estas influencias anticapitalistas en América no eran dialécticas o leninistas, no procedían de fuentes comunistas.

El anticapitalismo de gran parte de las obras históricas americanas tiene su verdadera base en la discusión política que gira en torno a la lucha entre el *hamiltonismo* y el *jeffersonismo*¹⁷. Lucha que es algo más que la opinión sobre el problema de la intervención del

¹⁷ La polémica entre los partidarios de uno y otro (Alexander Hamilton y Thomas Jefferson) podría simplificarse como la de federalistas versus anti-federalistas. Pero el

Estado (todo o nada), puesto que consiste en ver a favor de quién y con qué fin se hace la intervención. Puede decirse que los prejuicios anticapitalistas de los historiadores americanos proceden de la aceptación de las ideas *jeffersonianas* frente a las teorías *hamiltonianas*. La idea *jeffersoniana* es que el capitalismo está dominado por los monopolistas, que sin la intervención estatal no puede superarse el ciclo económico, que sin esta las injusticias sociales no pueden aliviarse ni puede aumentar el salario real, etc. Hacker analiza con detalle los estudios históricos que, en los últimos años, prefieren a Jefferson frente a quienes tenían ideas opuestas. Estos estudios presentan a un Jefferson (sustituido años después por el intervencionista Franklin D. Roosevelt), rico propietario de esclavos, como el adalid del igualitarismo, defensor del sistema esclavista como sociedad moral, de los agricultores frente a los industriales, de la nacionalización de los ferrocarriles que favorecían a los «monopolistas», del dinero fácil (para reducir la carga de la deuda) y el fin de los bancos nacionales, etc. Todo ello alegando motivos políticos y morales, nunca económicos. No es que sea condenable el dar importancia a ideas morales y políticas, pero es preocupante la facilidad con que se acepta la tesis de que solo un interés igualitarista (identificado en América con el «jeffersonismo-jacksonismo¹⁸-populismo») puede fundar una grandiosa política pública para alcanzar el bienestar. También es realmente grave que la causa del capitalismo no tenga defensores importantes, ni siquiera para subrayar el hecho de que la extraordinaria elevación de los salarios reales en los países industriales a partir de la segunda mitad del siglo XIX, junto con los beneficios auxiliares en materia de sanidad e instrucción pública derivados del aumento de la renta nacional, tuviera lugar sin la intervención del Estado.

Concluye la reflexión con dos observaciones marginales: 1) si Engels y Marx hubieran escrito diez años más tarde, cuando los signos del progreso económico y el aumento de los salarios eran evidentes, ¿habrían podido escribir sus famosas e influyentes obras?; y 2) sobre el concepto de beneficio. El capitalismo ha sido

tema es mucho más complejo, con derivadas políticas, económicas y sociales, y excede el ámbito de este trabajo.

¹⁸ Andrew Jackson (1767-1845), séptimo presidente de los EE.UU. de 1829 a 1837.

llamado el sistema del beneficio y Marx lo hizo sinónimo de explotación. De tal calumnia son responsables los historiadores económicos, por lo que Hacker les insta a aprender a analizar datos con mayor perspicacia y a hacer drásticas correcciones que repercutan en una revisión de las concepciones de la gente.

LOS INTELLECTUALES EUROPEOS Y EL CAPITALISMO

*B. de Jouvenel*¹⁹

Jouvenel observa con preocupación la actitud de los intelectuales respecto a la sociedad en la que viven. Habla de imágenes mentales a modo de los antiguos mapas que ayudan a orientarse, a obrar racionalmente. Si las imágenes son engañosas, la acción «racional» basada en «mapas» mal trazados es absurda a la luz de un conocimiento mejor y puede resultar perjudicial (ejemplo: Don Quijote y los molinos convertidos en gigantes por la mente de aquel).

El conocimiento positivo es un modo de entender las cosas que nos rodean que nos permite seguir el mejor camino hacia nuestra meta. A un ignorante los mecanismos sociales, como los de una máquina, le parecen inútilmente complicados. Los hombres expresan juicios de valor que el conocimiento ayuda a corregir. Así, toda persona razonable comprende que la máquina es buena servidora y que son los hombres los responsables del mal uso que se haga de ella. Es indiscutible que, respecto a la valoración de los aparatos sociales, las consideraciones morales tienen su importancia, por lo que se prestan a un doble criterio de valoración: la eficiencia y la moralidad. La discusión sobre la compatibilidad de ambos nos llevaría a la metafísica y pretendemos permanecer en planos menos elevados. Si decimos que es «malo» todo instrumento que trata de

¹⁹ Bertrand de Jouvenel (1903-1987), polifacético escritor francés, fue economista y diplomático. Profesor en varias universidades, entre las que destacan la de París, Oxford, Cambridge, Yale o Chicago. Fue miembro de la Sociedad Mont Pèlerin, de la que se separó. Se le considera iniciador de la llamada «economía ecológica». Decidido anti-estadista, consideraba que el asunto de distribución de la riqueza estaba más relacionado con el reparto entre el individuo y el Estado que con la redistribución entre ricos y pobres.

ampliar la esfera de nuestras necesidades, el instrumento social que es el capitalismo será «malo», algo que no parece ser admitido por los contemporáneos que desean satisfacer cada vez mejor sus necesidades. Si los hombres desean «bienes», no pueden menos que desear dinero, y el «poder del dinero» no es otra cosa que la materialización del poder de estos bienes sobre los deseos humanos. Señalar a los hombres la limitación de sus deseos es tarea de maestros morales. La prohibición de la autoridad temporal de adquirir ciertos bienes empuja a la criminalidad (drogas, «ley seca») Además es bien sabido que todo intento de modificar las acciones humanas con medios distintos de una educación del espíritu del hombre suele ser vano y no constituye progreso moral alguno.

El capitalismo como instrumento social ofrece un cuadro poco grato al intelectual. ¿Por qué? Porque nos hallamos en presencia de egoístas en busca de exaltación personal. ¿Cómo ocurre esto? Proporcionando a los consumidores lo que estos desean o pueden ser inducidos a desear. Ese mismo intelectual, sorprendentemente, no se escandaliza ante el funcionamiento de la democracia hedonista: también aquí hombres que piensan solo en sí mismos realizan su propia exaltación mediante la promesa a otros hombres de cuanto estos quieren o pueden ser inducidos a pedir. La diferencia parece consistir en que el capitalista cumple las promesas, de ahí el éxito del capitalismo en Occidente. Otro aspecto del capitalismo que le hace desagradable a los intelectuales la «degradación de los trabajadores a la condición de puros instrumentos». Pero este no es un comportamiento insólito ni característico del capitalismo. Para Rousseau, esta conducta está implícita en la sociedad civilizada en la que se multiplican los contactos basados en la utilidad más que en el afecto. Para Marx, el capitalista se encuentra con una población que ya había sido explotada con anterioridad al burgués emprendedor.

No hay que excluir que la representación mental del capitalismo haya reflejado una dicotomía que los economistas clásicos consideraban necesaria en el plano lógico: la distinción entre consumidor y trabajador. El empresario era representado como sirviendo al consumidor y sirviéndose del trabajador. Pero los asalariados productores de bienes industriales y los consumidores

de los mismos fueron identificándose cada vez más en la época capitalista, convirtiéndose la distinción en un concepto teórico. (también el trabajador soviético es empleado para servir al consumidor soviético).

Gran parte de los intelectuales occidentales contemporáneos construyen y difunden una imagen deformada de las instituciones económicas. Hecho peligroso que en parte se debe a la aportación de los historiadores en lo que concierne a la interpretación de la Revolución Industrial. Con sus incautas interpretaciones establecieron que, por ejemplo, el repentino aumento de la conciencia social y la reacción de indignación ante la miseria eran indicio seguro de un aumento de la indigencia. No consideraron la posibilidad de que el aumento de la conciencia dependiera de los nuevos medios de expresión, de una creciente sensibilidad filantrópica y de una nueva conciencia del poder del hombre para combatir las cosas, causada por la propia Revolución Industrial. Tampoco parece que hayan atribuido demasiada importancia a la revolución demográfica, porque de ser así habrían descubierto que la fuerte afluencia hacia las ciudades, con sus secuelas de miseria y pobreza, se produjo también en países no afectados por la Revolución Industrial, donde aparecieron miles de mendigos en vez de trabajadores mal pagados. Errores metodológicos y errores de fondo sostienen incautas interpretaciones.

Es extraño que el historiador encuentre justificaciones para los horrores que se observan hoy, argumentando que conducirán a algo bueno, mientras mantiene su indignación con acontecimientos del pasado, irremediables a día de hoy. El prejuicio es descarado. No existen razones específicas que expliquen el prejuicio del historiador. Concepciones negativas sobre el capitalismo prevalecían en amplios sectores del mundo intelectual antes de que los historiadores expusieran las injusticias del capitalismo, antes incluso de que prestaran atención a la historia social. La atención de un historiador se fija en ciertas cuestiones bajo la influencia de sus problemas, o de otros problemas corrientes relacionados con su época. Esto le induce a buscar ciertos datos y los examina empleando esquemas mentales y juicios de valor que comparte con algunos pensadores contemporáneos suyos. El estudio del pasado lleva siempre la impronta de las opiniones del presente. La actitud

del historiador refleja la actitud difundida entre los intelectuales; de ahí que la mirada haya que ponerla sobre los intelectuales.

Las ciencias sociales han dejado sin explorar el vasto y fructífero campo de estudio que supone investigar sobre el papel tienen los intelectuales en la sociedad, a qué tensiones dan lugar, cuáles son los rasgos característicos de la actividad intelectual y qué complejos tienden a crear. Con los escasos datos disponibles, y advirtiéndolo que sin los medios adecuados, Jouvenel expone su intento de investigación sobre dicho asunto.

A lo largo de los diez últimos siglos, la historia de los intelectuales occidentales se puede dividir en tres partes. Primer periodo: los únicos intelectuales fueron los llamados y ordenados al servicio de Dios. Segundo periodo: apareció la intelectualidad laica y sus primeros representantes fueron los consejeros reales. Luego, la profesión legal ofreció durante mucho tiempo el mayor número de intelectuales. La intelectualidad laica aumentó lentamente en número, pero muy rápido en influencia y condujo a una agresiva batalla contra los intelectuales eclesiásticos. Tercer periodo (coincide con la Revolución Industrial): aumenta extraordinariamente la intelectualidad laica, favorecida por la generalización de la educación laica y por el hecho de que la prensa y la radio se convirtieron en una gran industria como resultado, también, de la Revolución Industrial. Esta intelectualidad laica es la más influyente y constituye el objeto de estudio de Jouvenel.

La gran mayoría de intelectuales occidentales proclama su hostilidad hacia las instituciones que denominan globalmente capitalismo. Su hostilidad se debe a razones de afectividad hacia el «trabajador» y antipatía hacia «el capitalista», y a razones morales como «la crueldad y la injusticia del sistema». Esta actitud revela una singular y superficial semejanza con la actitud de la intelectualidad clerical de la Edad Media. La Iglesia medieval estaba centrada en la protección de los pobres y se ocupaba de todas las funciones que ahora han pasado al «Estado providencia». Todos los servicios que ofrecía la Iglesia a los pobres los sostenía con su riqueza que recogía de las tasas eclesiásticas y de cuantiosas donaciones. Reprendía a los ricos, les exhortaba para que dieran por su bien moral y para que se abstuvieran de perseguir la riqueza. El afán de bienes terrenales no estrictamente necesarios se consideraba como

«malo», porque la raíz de todos los males es la avaricia. Es digno de señalar que el uso moderno del beneficio, la expansión derivada de las ganancias retenidas, surgió y se erigió en sistema en los propios monasterios donde sus líderes no vieron nada malo en extender sus tierras y propiedades, construir mejores edificios y emplear a un mayor número de personas. Ellos mismos fueron el primer ejemplo del tipo capitalista ascético no consumidor. Es curioso observar que los intelectuales modernos consideran favorable la acumulación de riqueza por parte de organismos relacionados con el Estado. Sin embargo, no valoran de igual manera cuando falta el sello estatal.

El intelectual se considera aliado natural del trabajador. En su mente habita la imagen del hombre de pelo largo y mono azul, en pie en las barricadas. Esta imagen parece que tiene su origen en la revolución francesa de 1830 y desde entonces se proyectó hacia atrás en la historia, dando por demostrada la alianza permanente entre la minoría de los pensadores y la masa de los trabajadores. Pero cuando el historiador busca evidencias de dicha alianza no encuentra vestigio alguno entre los intelectuales laicos. Las muestras de interés por la «cuestión social» son muy escasas, mientras que sí hay evidencia abundante sobre la lucha de estos intelectuales laicos contra las instituciones benéficas administradas por la Iglesia y sobre el importante papel que tuvieron en el movimiento de confiscación de riqueza de la Iglesia, desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. Se opusieron a los bienes eclesiásticos y a sus beneficios impositivos y poco a poco llegaron a pensar que la propiedad sería más productiva en manos de los particulares.

Mientras los monjes tenían que vivir en pobreza junto a los trabajadores, los intelectuales laicos fueron, al principio, compañeros y servidores de los poderosos. Eran amigos del hombre común puesto que combatieron las distinciones por nacimiento y vieron favorable la subida de los plebeyos, especialmente los comerciantes. Existía una alianza natural entre los intelectuales de los príncipes y los de los comerciantes. Ello demuestra que la hostilidad hacia quien se enriquece es una actitud reciente de la intelectualidad laica. A partir de 1830, los caminos que antes habían estado unidos, entre el hombre rico y el intelectual laico, se separan. Los intelectuales no aceptan la amistad de los capitalistas y, en consecuencia, dejan de verles como figuras inspiradoras y respetadas.

Mientras el hombre rico se enriqueció por privilegios concedidos a través de impuestos, es decir, sin producir nada, los intelectuales franceses les admiraban. Pero cuando su forma de hacer dinero estuvo ligada a la producción de bienes para uso popular, cayeron en la impopularidad.

Hasta finales del siglo XVIII la intelectualidad laica se caracterizaba por un alto nivel intelectual. Se formaban en colegios eclesiásticos donde recibían una sólida preparación en lógica y de ello se deriva el mérito a la coherencia de sus razonamientos. Los intelectuales europeos piensan que la ««eficiencia» es un fetiche americano reciente. Parece que cuanto más elevado es el juicio intelectual más tiende a hacer coincidir la eficiencia, al servicio de las necesidades y de los deseos, con el bien social. De ahí que consideren con orgullo los resultados de la técnica y se alegren de que el hombre obtenga un mayor número de bienes deseados, a la vez que sienten que el desarrollo exitoso de la industria destruye valores. Esta doble actitud hacia el progreso económico consiguen conciliarla atribuyendo a la «fuerza» del «progreso» todos los aspectos que gustan, lo que es bueno, y a la «fuerza» del «capitalismo» todo lo que no gusta, lo que es malo. El intelectual laico se presenta como un guía espiritual con una preparación tal vez insuficiente para ello.

La investigación de Jovenel permite observar los movimientos de la intelectualidad laica y su tendencia a estar en contra de cualquier grupo dominante, aunque no es suficiente explicación para comprender las causas de su antagonismo hacia los hombres de empresa. Observa que el intelectual ejerce un tipo de autoridad llamada persuasión, a la que consideran «la forma buena de autoridad». Sin embargo, en las sociedades reales, la persuasión por sí sola es incapaz de producir la ordenada cooperación de muchos individuos. Es necesario que los líderes sociales utilicen algún poder menos fluctuante que el que se obtiene mediante la persuasión, pero al intelectual le desagradan las formas crudas de autoridad y quienes las ejercen. Desprecian la moderna forma de autoridad, derivada de la acumulación del capital, en manos de los «reyes del negocio», al igual que se horrorizan ante la ruda autoridad, derivada de la acumulación de poderes policíacos, en manos de los gobernantes totalitarios. Sospechan que quienes disponen

de tales medios, consideran a los hombres maleables para sus objetivos. El esfuerzo del intelectual que aboga por el uso de la persuasión es señal de cierta evolución, pero llevado demasiado lejos puede conducir a la alternativa entre anarquía y tiranía.

El intelectual y el hombre de negocios se mueven el uno junto al otro y ambos tiene, por su función, criterios distintos de valor. El hombre de negocios ofrece al público «bienes» definidos como «todo lo que el público desea comprar», y el intelectual trata de enseñar al público lo que está «bien». Para él, algunos bienes que se ofrecen son cosas sin valor y se debería disuadir al público de desearlas. El mundo de los negocios visto por un intelectual es un mundo de valores falsos y recompensas mal dirigidas, de hecho, sus preferencias por las instituciones deficitarias, las industrias financiadas por la hacienda pública, los centros universitarios que dependen de subsidios y donaciones reflejan su mentalidad más íntima. Porque el intelectual sabe que el valor de mercado de su producción es con mucho inferior al de los factores empleados. Ello se debe a que en el reino del intelecto una cosa verdaderamente buena es una cosa que sólo unos pocos pueden reconocer como tal. Puesto que la misión del intelectual es hacer comprender a la gente ciertas cosas que antes no reconocían como buenas y ciertas, se resiste a la venta de su propio producto y trabaja con pérdidas. Un intelectual cree que el beneficio es el resultado natural del sometimiento a las opiniones de la gente. La misma máxima «dad al público lo que quiere», que nos da un óptimo hombre de negocios, nos da un pésimo escritor. El hombre de negocio obra dentro de un sistema de gustos y juicios de valor que el intelectual debe intentar cambiar.

El intelectual tiende a adoptar una actitud de superioridad moral con respecto al hombre de negocios. Puede alegrarse el intelectual de servir a las necesidades más elevadas de la humanidad, pero debería asustarse ante esa responsabilidad. Es significativo que todos estén de acuerdo sobre la existencia de ideas perjudiciales, aunque no todos están de acuerdo sobre qué ideas son las nocivas. Ideas que hacen surgir la ira en el corazón de los hombres, que perjudican el funcionamiento de las instituciones que aseguran el progreso y la felicidad de la comunidad. Nuestra responsabilidad como intelectuales, afirma Jouvenel, se ha acrecentado debido a

que la difusión de las ideas potencialmente perjudiciales, no pueden, ni deberían, impedirse mediante el empleo de la autoridad temporal, mientras que la venta de objetos perjudiciales sí puede impedirse de esta manera.

Durante mucho tiempo se ha pensado que el problema del siglo XIX era el lugar que ocupaba el trabajador industrial en la sociedad, y se ha prestado poca atención a la aparición de una amplia clase intelectual cuyo puesto en la sociedad puede ser el problema más importante. Este problema debe ser explicado, declara Jouvel, y ha llegado la hora de estudiar los conflictos que están surgiendo entre los intelectuales y la sociedad.

EL NIVEL DE VIDA DE LOS TRABAJADORES DE INGLATERRA DESDE 179 A 1830

T. S. Ashton

En la siguiente exposición, Ashton trata de dilucidar cuáles son los indicadores que verifican los cambios en el nivel de vida de las clases trabajadoras entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y los efectos, nocivos o beneficiosos, sobre los trabajadores que produjo la introducción del sistema industrial. Comienza afirmando que él es de los que cree que las condiciones de los trabajadores fueron mejorando desde 1820, y que la expansión de las fábricas tuvo algo que ver con esta mejora.

Se trata de un periodo caracterizado por rápidos cambios económicos, importantes movimientos demográficos, miseria, destrucción y estancamiento de algunos sectores debido a largos años de guerra y medidas fiscales no muy atinadas. Este panorama dificulta la labor de objetividad para encontrar respuesta a su propósito. Gran parte de los economistas que vivieron en aquel periodo se formaron una idea pesimista con respecto al efecto de estos cambios sobre los trabajadores. Junto a ellos, los poetas, los filósofos, el clero, los conservadores y los radicales, todos tenían ideas muy distintas y la única idea que les unía era su odio hacia las fábricas y la convicción de que los cambios económicos habían conducido a la degradación del trabajo. La tesis de Ashton mantiene que quienes sostenían la

concepción sobre el empeoramiento de la condición de los trabajadores, sólo se fijaban en un sector de las clases trabajadoras.

Hace un análisis teniendo en cuenta las fuerzas que actuaban dentro de la economía y también las que actuaban fuera, y elabora ciertas conjeturas que le llevan a pensar que, durante ese tiempo de posguerra, el horizonte se había aclarado y los trabajadores podían esperar para el futuro mejores condiciones de vida y de trabajo. A continuación, intenta analizar datos sobre salarios y coste de vida. Tarea frustrante, porque los datos presentan errores metodológicos en su recolección y se presentan incompletos para su análisis. Se percata entonces de los límites de su artificio y de la necesidad de abstenerse de generalizaciones. No se pueden medir los cambios en los salarios a través de un índice de precios al por mayor o de precios vigentes para instituciones. Tampoco se pueden combinar datos sobre los precios de una zona con los obtenidos en otra zona y tampoco se puede coger largos periodos, puesto que no sólo cambia la variedad de productos de consumo, sino que también cambian las necesidades y deseos de las personas. Ashton llega a la conclusión de que no se puede utilizar un único índice, sino que se necesitan muchos, cada uno derivado de los precios al por menor, limitado a un breve periodo, relativo a una sola zona e incluso derivado de un solo grupo social o profesional dentro de cada zona.

Aunque no consigue reunir todos los requisitos que él mismo considera imprescindibles para tal estudio, aproxima un estudio que muestra los cambios en el coste de productos alimenticios básicos de una zona determinada. Utiliza precios al por menor registrados por los contemporáneos y presenta tres tablas o cuadros con los registros que le permiten concluir que, el nivel de vida de los trabajadores estaba sujeto a violentas fluctuaciones y que uno de los méritos del sistema de fábricas consistió en ofrecer, y exigir, una regularidad en el empleo y, por consiguiente, mayor estabilidad en el consumo. Durante el periodo 1790-1830 la producción de las fábricas aumentó rápidamente y una proporción mayor de personas se beneficiaron, bien como productores, bien como consumidores. Otras personas, trabajadores menos especializados y con ocupaciones estacionales, tenían ingresos que eran absorbidos casi en su totalidad por el pago de los bienes que cubrían las necesidades

esenciales de vida, cuyos precios, además, permanecían elevados. Ante a estos datos, la hipótesis que sostiene Ashton es que el número de personas que podían participar del progreso económico era igual que el número de personas que quedaron excluidos de las ventajas. De esta manera se confirma que existían dos grupos dentro de la clase trabajadora. Tal vez ahí radica la explicación de las diferencias de opinión entre John Stuart Mill, que criticó al sistema fabril por conducir a un mayor número de personas a una vida de ingrato trabajo y reclusión mientras que un número creciente de industriales acumulaba fortunas, y Rickman y Chadwick que vieron en el desarrollo industrial una notable mejora para el conjunto de los trabajadores, quienes también vieron aumentar considerablemente el número de bienes a su alcance. Ambas posiciones se referían a grupos diferentes de personas trabajadoras.

EL AUMENTO DEL NIVEL DE VIDA EN INGLATERRA DE 1800 A 1850

*R. M. Hartwell*²⁰

La polémica en torno al nivel de vida de los trabajadores de la primera mitad del siglo XIX se manifiesta con las posiciones enfrentadas entre quienes sostenían que el nivel de vida fue empeorando y los defensores de la tesis de mejora. El propósito de Hartwell es aportar algunos argumentos para apoyar la tesis de una tendencia al aumento del nivel de vida durante la Revolución Industrial apoyándose en datos sobre la base de la renta nacional y otras estadísticas, y en el análisis de datos sobre el consumo y estadísticas demográficas.

La tesis de este artículo es que los salarios reales de la mayor parte de los trabajadores ingleses aumentó entre 1800 y 1850 porque aumentaron las rentas per cápita; porque en la distribución no se comprobó ninguna evolución desfavorable para los trabajadores;

²⁰ Ronald Max Hartwell (1921-2009) fue un historiador económico nacido en Australia y profesor en la Universidad de Nueva Gales del Sur y en Oxford. Experto en temática sobre la Revolución Industrial, siempre defendió que este periodo había supuesto una gran mejora en las condiciones de vida de los más pobres.

porque a partir de 1815, cuando se produjo una reducción de precios, los salarios permanecieron constantes; porque el consumo per cápita de productos alimenticios y de otros bienes de consumo aumentó; y porque se multiplicaron las intervenciones del gobierno orientadas a defender o mejorar el nivel de vida.

El aumento de la renta per cápita se manifiesta conjuntamente con una distribución más equitativa de la renta en Gran Bretaña entre 1800 y 1850. Las estimaciones indican que la renta real media se duplicó. La estimación resulta probable si se tiene en cuenta otros tres factores: el aumento de la producción manufacturera en relación con el aumento de la población; el aumento y notable peso de la renta producida por la industria manufacturera sobre el total de la renta nacional; y el aumento sobre el total de los empleados en la industria manufacturera. Entre los factores más importantes que contribuyeron a aumentar la producción per cápita se encuentran: la formación de capital, el progreso técnico y el aumento de las capacidades laborales y empresariales. Durante la Revolución Industrial, las mejores máquinas aumentaron la productividad. Sin embargo, el efecto del empleo sobre el aumento del producto nacional era potencialmente grande y la sustitución de trabajadores por máquinas no tuvo como consecuencia un descenso de los salarios reales medios. La sustitución de trabajo humano por máquinas fue teórica, afirma Hartwell. Hubo durante este periodo un continuo aumento de la demanda de mano de obra para la industria, demanda que provocó una diferencia entre los salarios de la agricultura y de la industria y, consecuentemente, la migración hacia zonas industriales. La Revolución Industrial fue una revolución tanto en la organización como en la tecnología.

La transformación fue dolorosa, pero se consiguió gradualmente, sin revolución política, y con un aumento de posibilidades para los trabajadores. La teoría de que los salarios se estabilizan inevitablemente al nivel de subsistencia fue difícil de conciliar con la realidad después de 1830. Esta teoría tuvo gran influencia en los primeros socialistas y en Marx, y en todos los que desde entonces han sostenido la teoría de la explotación. Es totalmente irracional suponer que, en el largo plazo, durante el cual la renta per cápita aumenta, los ricos se hicieran cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. En Inglaterra las rentas estaban más equitativamente distribuidas en

1850 que en 1800. Los estudios sobre la variación a largo plazo del porcentaje de los salarios sobre la renta nacional muestran que desde 1860 permaneció constante. Es probable que parte de los salarios fuera inferior en 1780-1800 comparado con 1860, y que entre estos años los salarios aumentaran más rápidamente que la renta nacional. Al mismo tiempo aumentó el porcentaje de empleados en actividades productivas sobre el total de la población, y el empleo de mujeres y niños, que se venía dando en la industria doméstica inglesa, pasó a desarrollarse en condiciones más humanas durante dicha revolución.

El nivel de vida de los trabajadores se vio influido por la redistribución de la renta efectuada por el gobierno. Los ingresos del gobierno provenían principalmente de los impuestos indirectos y el servicio de la deuda pública era la rúbrica más agresiva. El gasto por asistencia y sostenimiento de los pobres era mucho mayor. Sobre los gastos e ingresos del gobierno se verificó una reducción en la carga fiscal media y un aumento en los ingresos medios de la clase trabajadora pobre. La acción del gobierno se manifestó también a través de una importante legislación (leyes protectoras y leyes permisivas) que hizo que el gasto privado contribuyera a mejorar la condición de los trabajadores. Bajo estas leyes se fijaron límites en la edad mínima a la que los niños podían trabajar en las fábricas, se prohibió a mujeres y niños trabajar en las minas, para los niños que trabajaban en las fábricas se hicieron obligatorios algunos estudios y se posibilitó el servicio hídrico y de alcantarillado a los municipios. La presión humanitaria y legislativa aumentó los costes fijos de carácter social de la industria en beneficio directo de los trabajadores, expulsando del mercado a los empresarios marginales cuya ineficiencia había estado antes protegida por la explotación del trabajo.

La expansión económica de la Revolución Industrial fue posible sólo por la gran ampliación del mercado con consumidores deseosos y con mayor capacidad para adquirir bienes y servicios. La acumulación de capital a largo plazo hizo aumentar la productividad, y las ventas al exterior dieron lugar a un aumento de las importaciones. Sin embargo, el periodo bélico (guerras napoleónicas entre 1803 y 1815) absorbió gran parte de la producción que, en lugar de hacer aumentar el bienestar material de la comunidad, tuvo que

dedicarse a la continuación de la guerra. Por tanto, la falta de aumento del nivel de vida antes de 1815 se debió a la guerra y no a la industrialización.

La ampliación del mercado había sido posible gracias a una reducción de precios y no por el aumento de los salarios monetarios. Los nuevos empresarios sabían que la gran expansión de producción sólo era posible si se producían mercancías adecuadas a mercados masivos. Después de 1815 bajaron también los precios de los alimentos. El índice de los precios de consumo muestra una curva descendente desde 1813-15 a 1845, mientras que los salarios monetarios permanecieron estables o bajaron menos que los precios durante la guerra. Se halla evidentemente implícito un aumento de los salarios después de 1818, y la marcha industrial de ese periodo lo confirma. La producción agrícola aumentó a mayor ritmo que la población y la producción de trigo registró la tasa más elevada entre 1750 y 1850. Durante la primera mitad del siglo XIX, la clase trabajadora llegó a considerar la carne de vaca como parte de su alimentación habitual. Signo evidente de que el nivel de vida había aumentado considerablemente. El desarrollo del ferrocarril aumentó la cantidad de carne transportada desde el campo a la ciudad. Otro alimento que se empezó a consumir más es el pescado, que antes de 1815 sólo se servía con regularidad en la mesa de los ricos debido a su elevado precio. El examen de estos datos lleva a concluir que la variedad y cantidad de alimentos consumidos entre 1800 y 1850 fue en claro aumento.

Hay indicios suficientes para concluir que el nivel de vida de gran parte del pueblo inglés fue aumentando durante la primera mitad del siglo XIX, aunque no sea posible realizar una medición exacta. El aumento se lentificó durante la guerra, fue más rápido después de 1815, y veloz después de 1840. El aumento de la esperanza de vida de estos años puede ser una nueva prueba del mayor bienestar, debido a mejoras en las condiciones económicas y sociales. También las condiciones de las fábricas mejoraron. La afirmación de que el nivel de vida era mayor no equivale a decir que fuera elevado, ni tampoco niega que existiera una pobreza extrema. Ignorar los sufrimientos de aquella época es tan estúpido como no reconocer la riqueza y nuevas posibilidades creadas por la industria, dice Hartwell.

Las penurias de esta época se debieron en gran parte a la incapacidad para afrontar nuevos problemas y al agravamiento de viejos problemas: aumento de población, urbanización, fluctuaciones en el comercio y el empleo. Las tensiones de estos años surgieron espontáneamente debido a rápidos cambios en las relaciones sociales y económicas, y la miseria tenía más que ver con la ignorancia que con la avaricia. Buena parte de los males que se le atribuyen a la Revolución Industrial ya existían en la época preindustrial. Sin embargo, en 1845 Londres había pasado a ser la ciudad más salubre de Europa.

La idea de que con la llegada de las fábricas se produjo la «despersonalización» de las relaciones, es opuesta a la verdad. Esta idea convive con la suposición de que la vida en el campo fue mejor que en la ciudad y que las condiciones de trabajo también eran mejores, cuando lo cierto es que la vida rural era tan dura como la urbana. La misma reflexión cabe con respecto a la conducta moral. No se puede suponer que el nivel moral de la clase trabajadora empeorara, ni que fuera inferior al de las clases más altas. La miseria no era algo nuevo, lo que sí era nuevo era la cantidad de posibilidades y ocasiones de progreso para los trabajadores. La economía y la sociedad se encontraban en un proceso de rápidos cambios que tuvo como consecuencia un mayor amor propio de los pobres. Entonces, se pregunta Hartwell, ¿por qué esta época, con todas sus mejoras, originó un descontento tan violento?

La abundancia, estimulada por la evidente productividad de las nuevas máquinas que parecían competir con los trabajadores, hizo surgir tanto la rabia como la ambición. Mientras el aumento del nivel de vida se movía lentamente, el trabajador iba siendo consciente de que su salario era insuficiente para satisfacer sus necesidades y deseos. La gente tiende a medir el progreso no sobre la base del pasado sino en relación con un ideal. El descontento es comprensible. Con la Revolución Industrial surgió un nuevo modo de afrontar los problemas sociales que condujo a que muchos de esos problemas, existentes desde hacía mucho tiempo (caso del trabajo infantil), se consideraran como males nuevos que era necesario remediar, no como lastres antiguos a soportar. Además, se ha valorado poco que una de las revoluciones sociales más importantes, la emancipación de la mujer, se inició durante la Revolución Industrial.

EL SISTEMA DE FÁBRICA A PRINCIPIO DEL SIGLO XIX

*W. H. Hutt*²¹

Los juicios que se formulen sobre el primer sistema de fábrica inglés determinan en gran medida la actitud ante el sistema industrial moderno. La razón es que el primer sistema de fábrica inglés representa el aspecto más evidente de la Revolución Industrial, el que fue imitado por otros países, siendo la legislación industrial británica la que sirvió de referente para todo el mundo. Por este motivo, Hutt se interesa en analizar varias obras sobre el primer sistema industrial, tales como *Historia de la legislación de fábrica* de Hutchins y Harrison y *El obrero de las ciudades* y *Lord Shaftesbury* de J.L. y Bárbara Hammond. Para encontrar explicación al punto de vista de estos influyentes autores, Hutt recupera las fuentes principales y discusiones de la época sobre las que se apoyan sus obras, sometiéndolas a un análisis crítico.

Una de las principales fuentes de referencia, para dichos autores, ha sido el informe del «Comité Sadler», considerado como testimonio valioso sobre las condiciones de vida en la fábrica de aquel tiempo. El informe de este comité presenta un cuadro sombrío de crueldad, miseria, enfermedades y hasta de deformaciones entre los niños que trabajaban en las fábricas. Se trata de un informe impregnado de intenciones políticas y manipulado por Sadler. Incluso, hasta los propios adversarios del sistema industrial, pero que no estaban implicados en la política de los partidos, convinieron en reconocer que el informe era de carácter sesgado, partidista, redactado por declarados enemigos del sistema industrial y apoyado en testimonios falsos.

El comité fue presidido por el propio Sadler, quien estaba empeñado en que el Parlamento aprobara su «Proyecto de ley sobre las diez horas laborales». El comité se constituyó para investigar la información, sobre las brutalidades cometidas en las fábricas, que Sadler había utilizado como fundamento para su proyecto. Ante

²¹ William Harold Hutt (1899-1988) fue un economista británico y profesor de la Universidad de Ciudad del Cabo. Se opuso tanto al apartheid como a la violencia que los sindicatos ejercían en las negociaciones colectivas y al keynesianismo. Acuñó la expresión «soberanía del consumidor», concepto que desarrolló Murray N. Rothbard.

las irregularidades del primer informe, los industriales solicitaron una nueva investigación y se demostró que la acusación de crueldad hacia los niños carecía de fundamento; que las crueldades que existían hacia los niños las infligían los obreros sin que sus patronos lo supieran; y que los testimonios de los médicos se apoyaban sobre opiniones y no en observaciones. Aun así, los autores de las dos obras modernas, consiguen desacreditar a los médicos que declararon en la segunda investigación ante el Comité de los Lores de 1818 y prefieren mantener «afinidad» con el primer informe de los médicos que declararon ante el Comité de Peel en 1816. Parece evidente que los autores influyentes habían adoptado una posición tan partidista como lo habían hecho los protagonistas de la época, pero curiosamente alrededor de cien años más tarde.

Hutt señala que la información ofrecida por los testimonios de los médicos es una de las más valiosas con que se cuenta para hacerse una idea sobre las condiciones físicas y morales de los niños y adultos que trabajaban en las fábricas. El Dr. Turner Thackerah, hostil al sistema industrial, publicó en 1831 *Los efectos de las principales artes, oficios y profesiones sobre la salud y la longevidad* en la que se propone examinar científicamente, y comparar, la salud de los empleados en todas las principales actividades laborales de entonces. No se trata de una obra partidista y es de aclarar que se opuso al trabajo infantil, tanto dentro como fuera de las fábricas, argumentando que el periodo de desarrollo no debería ser un periodo de esfuerzo físico. Pero no logró demostrar que la salud de los obreros que habían trabajado de niños fuera en algo peor que la de la mayor parte de los demás estratos sociales, incluso de las clases más ricas.

Otro médico, también enemigo declarado del sistema industrial, Gaskell, se preocupó por la degradación *moral* del trabajador. Condenaba las fábricas por el *vicio* que habían contribuido a producir, provocando la pérdida de «independencia» de los trabajadores. Los niños se veían obligados a pasar los años en que son más influenciables en un ambiente inmoral y degradante, decía Gaskell. Pese a ello, no invocó la abolición del trabajo infantil porque pensaba que mientras no existiera una alternativa mejor en sus casas con respecto a su educación, el trabajo ligero en una fábrica era una mejor opción frente a una vida salvaje. La inmoralidad que

denunciaba Gaskell se basaba, fundamentalmente, en informes y ensayos que abundaban entonces y en especial uno de ellos, anónimo, titulado *Encuesta sobre las condiciones de la población industrial*, de 1831.

El punto de vista corriente por aquel entonces entre las clases cultivadas, recaía sobre el nivel de moralidad e inmoralidad. De hecho, España, al que califican como el país más atrasado e ignorante, es en lo que respecta a delitos contra la propiedad privada el menos inmoral, siendo Inglaterra siete veces más inmoral que España. La culpa de ello se la atribuían a las fábricas, donde aparecían nuevos hábitos y costumbres que provocaban la degradación moral como, por ejemplo, que las muchachas comprasen vestidos confeccionados en las tiendas en lugar de hacérselos ellas mismas, resultaba muy inadecuado para que se convirtieran en buenas madres.

La respuesta más frecuente de los industriales ante la acusación de inmoralidad que recaía sobre los obreros, era que la causa no estaba en la fábrica sino en la falta de religiosidad. Entre los factores que podrían explicar la relativa y cierta decadencia que se observaba, Hutt encuentra que los altos salarios (en términos relativos, respecto a su situación previa) podrían provocar la intemperancia de los obreros y, por otro lado, la influencia de la inmigración irlandesa, descrito ese pueblo como «raza incivilizada», que venía a ocupar los puestos de los niños que habían sido apartados de la industria por las *Factory Acts*²².

La más brutal de las acusaciones lanzadas contra el primer sistema industrial es que causaba deformaciones y raquitismo en los niños. Efectivamente, en las fábricas había niños con deformaciones como confirman abundantes fuentes, pero ello puede explicarse porque los niños que no eran lo suficientemente fuertes para otros trabajos, eran empleados en las fábricas de algodón debido al poco esfuerzo que este trabajo exigía. Los propagandistas tenían un excelente ambiente social para hacer su trabajo. Era fácil, dice

²² Las *Factory Acts* (Leyes de las Fábricas) comprenden la legislación promulgada por el Parlamento del Reino Unido durante el siglo XIX (también las hay del siglo XX), con el objetivo de regular el trabajo industrial y mejorar las condiciones de los trabajadores, especialmente las de mujeres y niños.

Hutt, presionar a los *tories*, los cuales ignoraban las condiciones reales de las fábricas, pero sí estaban predispuestos a condenar a los industriales. Se presentaban a los niños como esclavos, sin tener en cuenta la ventaja que aportaban a sus familias con sus salarios, y tampoco tuvieron intención de compararlos con los pobres de otros sectores sociales. En comparación con los obreros de las fábricas, los trabajadores del campo vivían en extrema pobreza y el trabajo que realizaban los niños en el campo era mucho más duro que el trabajo en las fábricas. Sin embargo, la legislación protectora de niños sólo se extendió para las fábricas y cuando le preguntaron a Lord Shaftesbury por qué no se aplicaba también para los niños del campo, explicó que se trataba de un problema de estrategia política para conseguir apoyos.

La única actitud de los industriales respecto a la campaña contra las fábricas fue la apatía, pero su silencio se interpretó como admisión de culpa. Hutt propone intentar elaborar una idea equilibrada y serena de las condiciones de aquel tiempo y formular juicios basados en los criterios de la época. Los trabajadores de entonces elegían las condiciones que los reformadores condenaban. Cuando una fábrica reducía las horas de trabajo, perdía a sus obreros porque se iban a las fábricas donde podían ganar más. Se consideraba que los motivos técnicos hacían imposible reducir las horas de trabajo de los niños sin reducir paralelamente las horas de trabajo de los adultos y el «movimiento a favor de las diez horas» sólo se ocupaba de las condiciones de los niños. Los adultos fueron inducidos a considerar a los niños como competidores y es probable que esto haya sido un fuerte motivo a favor de las *Factory Acts*. El apoyo de las clases altas a las restricciones legales del trabajo infantil obedecía a una absoluta falta de comprensión de las dificultades que tenía que afrontar la clase trabajadora, y mientras el desarrollo del sistema industrial no produjo un aumento general de la prosperidad material, estas restricciones aumentaban la miseria.

El aumento de los salarios reales tal vez habría originado alguna disminución en las horas de trabajo y cierta reducción del trabajo infantil. La disminución de horas de trabajo y la eliminación del trabajo infantil son traducidas en tiempo libre y el hombre busca tiempo libre sólo cuando ha podido satisfacer sus necesidades de mayor importancia. El valor del tiempo libre es relativo a las opciones que

tenga para hacer y a los bienes de que pueda disfrutar. Con frecuencia las leyes imponen la elección; el obrero tiene que tener tiempo libre, pero mientras la Revolución Industrial no se desarrolló hasta ofrecer otros bienes, es posible que la disminución de horas de trabajo le condujera a malgastar parte de sus ingresos más que antes. De la misma manera, el bienestar moral de los niños estaba tal vez más protegido en las fábricas que en las casas, afirma Hutt.

Otro dato significativo que corroboran todas las fuentes es que las peores condiciones se encontraban donde prevalecía el trabajo doméstico, y en las pequeñas fábricas y talleres. Mediante la instalación de competencia con mayores y modernas instalaciones se pretendió su eliminación, aunque en un primer momento esto causó el movimiento inverso porque los trabajadores se veían atraídos por talleres y fábricas más pequeños donde tenían más posibilidades de esquivar las disposiciones de la ley. Visto así, el principal obstáculo a las mejoras parece haber sido la ignorancia, sobre todo de los obreros (más que el afán de lucro de los industriales), quienes no conseguían convencerse de que ciertas prácticas eran peligrosas y perjudiciales para la salud. Tal es el caso de un tendero que se vio amenazado por una huelga porque había instalado un ventilador y los obreros se quejaban de que hacía aumentar su apetito. Sólo en los años sesenta y setenta, cuando la ignorancia de los obreros se había superado, se consiguieron regular las actividades peligrosas según una reglamentación estatal. Este problema de la legislación fabril sobre la producción no se ha afrontado con valentía en los tratados modernos.

Las dos conclusiones principales a las que llega Hutt con este análisis son, que hubo una tendencia general a exagerar los «males» que caracterizaron al sistema industrial antes de abandonar en *laissez faire*, condenando con criterios modernos algunas condiciones que entonces eran comunes a la colectividad en su conjunto y, que la legislación industrial no fue un elemento esencial para la desaparición definitiva de estos «males». Algunas condiciones que con criterios modernos se condenan eran entonces comunes a la colectividad en su conjunto, y la legislación no sólo causó otros inconvenientes, no claramente visibles en los complejos cambios de la época, sino que contribuyó también a oscurecer y obstaculizar remedios más naturales y deseables.

IV ANÁLISIS PERSONAL

«Todo lo que produce horror e indignación es de origen reciente, pertenece a la época industrial», escribió Engels en 1844.

«El capitalismo ha sido llamado el sistema del beneficio y Marx lo hizo sinónimo de explotación», declara Hacker. Si Engels y Marx hubieran escrito diez años más tarde, cuando los signos del progreso económico y el aumento de los salarios eran evidentes, ¿habrían podido escribir sus famosas e influyentes obras?

Se acusa al siglo XIX de inhumano, acusación del todo falsa, dice Hacker, porque el siglo XIX introdujo por primera vez una política estatal en gran escala a favor de la salud y de la instrucción pública; porque al producir mercancías baratas, hizo posible la sorprendente elevación de los salarios reales en las economías industrializadas y porque, al permitir la transferencia de grandes cantidades de capital, abrió posibilidades de desarrollo y producción en los países atrasados. El extraordinario desarrollo de las ciudades fue una característica de la industrialización y los obstáculos que hubo para alcanzar un progreso mayor del que se produjo, obedecen a malas políticas fiscales y al rápido aumento de la población.

Hay que señalar como dice Juan Ramón Rallo (2014: 225-226) que,

«no fue la educación pública y obligatoria la que sacó a Europa del analfabetismo sino, al contrario, la riqueza extraordinaria que generó la Revolución Industrial y que permitió, entre otras cosas, que las familias pudieran permitirse escolarizar a sus hijos y comprar libros (hasta entonces, bienes de lujo para las clases populares). No en vano, el analfabetismo en el Reino Unido y en Francia ya había caído desde el 50% a comienzos del siglo XIX a menos del 10% en 1870, fecha a partir de la cual William Forster en Reino Unido y Jules Ferry en Francia comenzaron a aprobar las leyes que decretaban la escolarización obligatoria para los niños mayores de 6 años, así como la progresiva «gratuidad» de la educación. En cambio, Claudio Moyano instauró en España la educación pública y obligatoria a partir de 1857 y, sin embargo, el analfabetismo no descendió del 90% en nuestro país hasta 1970.

En suma, durante la Revolución Industrial, la educación privada no quedó restringida a la alta burguesía, sino que benefició de lleno a las clases populares, mientras que la educación pública tuvo escasa o nula influencia a la hora de extender la alfabetización a esas clases populares».

Ashton reprocha a los historiadores que no hayan examinado los problemas desde otras perspectivas y acusa que la ignorancia de las bases de la teoría económica les lleva a dar interpretaciones políticas a toda tendencia favorable. Muchas de las tergiversaciones de los hechos que hicieron los primeros historiadores económicos, muestran que han sido víctimas de las opiniones populares de su época, apoyados en un error de lógica por el que exageraron datos esperados y no observaron otros efectos. Crearon interpretaciones erróneas sostenidas de buena fe, pero no se debe admitir que los hechos sean desfigurados y se enturbien los méritos de un sistema que, por primera vez en la historia de los hombres, hizo surgir el sentimiento de que la miseria podía ser evitada, como dice Hayek. Ha llegado la hora de que la verdad acabe imponiéndose sobre la leyenda que ha dominado a esa opinión. El reconocimiento de que la clase trabajadora obtuvo una ventaja con el desarrollo de la moderna industria, es compatible con el hecho de que algunos individuos o grupos, por un cierto tiempo, tuvieran que sufrir las consecuencias de la industrialización. Las condiciones de los trabajadores fueron mejorando desde 1820, y la expansión de las fábricas tuvo algo que ver con esta mejora, afirma Ashton, quien mantiene la idea de que quienes apoyaban la idea sobre el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores sólo se fijaban en un sector de las clases trabajadoras. Ashton sostiene que el número de personas que participaron del progreso económico era igual que el número de personas que quedaron excluidos de las ventajas.

La Revolución Industrial fue una revolución tanto en la organización como en la tecnología. La transformación fue dolorosa, pero se consiguió gradualmente, sin revolución política, y con un aumento de posibilidades para los trabajadores. La teoría de que los salarios se estabilizan inevitablemente al nivel de subsistencia, fue difícil de conciliar con la realidad después de 1830 y hay indicios suficientes para concluir que el nivel de vida de gran parte del

pueblo inglés fue aumentando durante la primera mitad del siglo XIX, aunque no sea posible realizar una medición exacta. El aumento se lentificó durante la guerra, fue más rápido después de 1815 y veloz después de 1840. Aun así, dice Hartwell, la afirmación de que el nivel de vida era mayor no equivale a decir que fuera elevado, ni tampoco equivale a negar que existiera una pobreza extrema. Ignorar los sufrimientos de aquella época es tan estúpido como no reconocer la riqueza y las nuevas posibilidades creadas por la industria.

Es verdad que debido a la libertad de empresa muchas personas perdieron la posición privilegiada que les garantizaba cómodos ingresos al margen de la competencia, pero cuando se argumentan los efectos sobre el nivel de vida de las masas trabajadoras, apenas se puede dudar de que la industrialización tuvo como consecuencia un movimiento ascendente general, dice Hayek. Se trata de un periodo caracterizado por rápidos cambios económicos, importantes movimientos demográficos, miseria, destrucción y estancamiento de algunos sectores, debido a largos años de guerra y medidas fiscales no muy atinadas. Por ello el estudio de la historia económica requiere, sí o sí, que se le preste una atención constante al papel del Estado como poder de progreso o de inmovilismo, porque en determinados momentos del desarrollo histórico de una nación, los intereses de un grupo u otro se vuelven predominantes y articulados, y es entonces cuando toma forma, para bien o para mal, la acción de los poderes públicos, afirma Hacker. Esos poderes, los gobernantes, imponen a todos, por la fuerza, lo que deciden que es el «bien común», una entelequia pergeñada bajo los intereses de los grupos de presión.

Gran parte de los economistas que vivieron en aquel periodo se formaron una idea pesimista con respecto al efecto de estos cambios sobre los trabajadores. Junto a ellos, los poetas, los filósofos, el clero, los conservadores y los radicales, todos tenían ideas muy distintas y la única idea que les unía era su odio hacia las fábricas y la convicción de que los cambios económicos habían conducido a la degradación del individuo. De la permanencia de tales calumnias son responsables los historiadores económicos; Hacker les insta a aprender a analizar datos con mayor perspicacia y a hacer drásticas correcciones que repercutan en una revisión de las concepciones de la gente.

Hutt propone elaborar una idea equilibrada y serena de las condiciones de aquel tiempo y formular juicios basados en los criterios de la época. Las dos conclusiones principales a las que llega Hutt con su análisis son, que hubo una tendencia general a exagerar los *males* que caracterizaron al sistema industrial, condenando con criterios modernos algunas condiciones que entonces eran comunes a la colectividad en su conjunto, y que la legislación industrial no fue un elemento esencial para la desaparición definitiva de estos *males*. La legislación no sólo causó algunos inconvenientes, sino que además contribuyó a oscurecer y obstaculizar remedios más naturales y deseables.

La suma de todas las visiones explica el misterioso asunto de la actitud anticapitalista y Bertrand de Jouvenel agrega, muy acertadamente, lo que tal vez sea la causa de la aparente perpetuidad de la actitud anticapitalista. Dice que durante mucho tiempo se ha pensado que el problema del siglo XIX era el lugar que ocupaba en la sociedad el trabajador industrial, y se ha prestado poca atención a la aparición de una amplia clase intelectual cuyo puesto en la sociedad puede ser el problema más importante. Este problema debe ser explicado, declara Jouvenel, y considera que ha llegado la hora de estudiar los conflictos que están surgiendo entre los intelectuales y la sociedad. Nuestra responsabilidad como intelectuales se ha acrecentado debido a que la difusión de las ideas potencialmente perjudiciales, no pueden, ni deben, impedirse mediante el empleo de la autoridad temporal, mientras que la venta de objetos perjudiciales sí puede impedirse de esta manera.

Jouvenel se da cuenta de que el intelectual y el hombre de negocios se mueven el uno junto al otro y ambos tienen, por su función, criterios distintos de valor. El hombre de negocios ofrece al público «bienes», definidos como «todo lo que el público desea comprar», y el intelectual trata de enseñar lo que está «bien». Para este, algunos bienes que se ofrecen son cosas sin valor y se debería disuadir al público de desearlas. El mundo de los negocios visto por un intelectual es un mundo de valores falsos y recompensas mal dirigidas; de hecho, sus preferencias por las instituciones deficitarias, las industrias financiadas por la hacienda pública, y los centros universitarios que dependen de subsidios y

donaciones, reflejan su mentalidad más íntima. Tanto Jouvenel como Hayek llaman la atención sobre el papel de los intelectuales en relación a la actitud anticapitalista. «El proceso a través del cual los resultados de la investigación se acaban convirtiendo en patrimonio intelectual, para el caso del capitalismo se ha mostrado más lento que de costumbre, pues tales resultados contradicen al conjunto de las ideas dominantes», dice Hayek; verdad sencilla y vigente a día de hoy.

V

REIVINDICANDO AL CAPITALISMO: UN CAMBIO DE PARADIGMA

El hombre, el individuo, en su impulso ascendente de mejora y haciendo uso de su inteligencia, descubre, inventa e invierte capital para producir máquinas que le han permitido producir bienes de consumo a gran escala. Este hecho que suele ser visto como un fin en sí mismo, ¿es posible verlo como la consecuencia de una idea, como el resultado de un motivo? El motivo elucubrado por la mentalidad anticapitalista dice que fue enriquecerse. Situados en 2017, miro hacia atrás y todo ello rezuma a leyenda, a fábula de parvulario, a uno de esos cuentos en los que las causas y consecuencias se plantean lineales para que el pensamiento del niño alcance a comprenderlas (del tipo del lobo feroz que se come a Caperucita). En cualquier caso, el efecto que consigue ese relato es el de producir sentido en torno a la máquina y al interés codicioso de unos hombres que querían más. ¿Qué más querían esos hombres? Mi respuesta, la más obvia, es que querían más consumidores. Querían ampliar el mercado para vender a más personas sus productos. Estimo que esos primeros hombres no sólo supieron ver que con las máquinas se agilizaba y aumentaba la capacidad productiva. ¿Para qué producir más? Esos hombres tuvieron una idea grande que corría a la par de las máquinas, porque se habían dado cuenta de que existía un mayor número de consumidores potenciales que hasta el momento no estaban incluidos. Visto desde esta perspectiva, me resulta estúpido mantener discusiones sobre si hay «buenos» explotados por los «malos».

La riqueza y el bienestar que han resultado de esta revolución son indiscutibles. Como dice el repetido proverbio chino, «una imagen vale más que mil palabras». Por ello, traigo el gráfico de Max Roser²³ que es suficientemente auto-explicativo. La distribución del ingreso mundial en diferentes fechas refleja la mayor abundancia en todos los sentidos. Lo mismo, esta vez acompañado de referencias a los grados de libertad económica en diferentes países, puede comprobarse consultando a Johan Norberg (2016). Algunos podrían cuestionar que la Revolución Industrial estuvo en el origen de la creación de riqueza, pero lo cierto es que, como escribe David S. Landes en su magnífico trabajo²⁴ sobre las razones de la riqueza de las naciones (1998: 194-195):

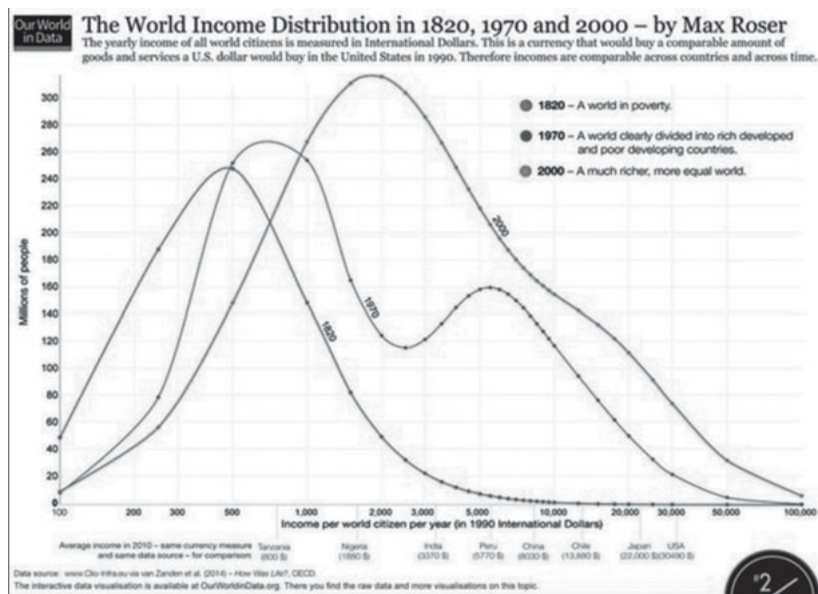
«The consequence of this advances was a growing gap between modern industrial countries and laggards, between rich and poor. In Europe to begin with: in 1750, the difference between western Europe (excluding Britain) and eastern in income per head was perhaps 15%; in 1800, little more than 20. By 1860 it was up to 64%; by the 1900s, almost 80%. The same polarization, only much sharper, took place between Europe and those countries that later came to be defined as a Third World — in part because modern factory industries swallowed their old-fashioned rivals, at home and abroad.

Paradox: the Industrial Revolution brought the world closer together, made it smaller and more homogeneous. But the same revolution fragmented the globe by estranging winners and losers. It begat multiple worlds».²⁵

²³ Ver Max Roser, *Our World in Data* (incluye hipervínculo).

²⁴ El capítulo 13 sobre la naturaleza de la Revolución Industrial (1998: 186-199) es imprescindible para cualquier estudioso del tema.

²⁵ «La consecuencia de estos avances (se refiere Landes a los introducidos por la Revolución Industrial) fue una brecha mayor entre los modernos países industrializados y los rezagados, entre ricos y pobres. En Europa: en 1750 la diferencia en ingreso per cápita entre Europa occidental (excluyendo Gran Bretaña) y oriental era tal vez del 15%; en 1800, algo más del 20%. Para 1860 había subido al 64%; en 1900, casi del 80%. La misma polarización, solo que más aguda, tuvo lugar entre Europa y los países que luego se denominaron como Tercer Mundo —en parte porque las modernas fábricas engulleron a sus rivales pasados de moda, en casa y en el extranjero.



Ciertamente hubo una revolución, que no ha de asimilarse a otros términos en clave de lucha política como revueltas y barricadas, sino que se trata de una revolución social y económica tan espectacular como antes había sido el descubrimiento de la rueda. Hablamos de revolución en términos de cambio de paradigma completo. «Producir sentido» (el intelectual es un «productor de sentido») en esta dirección, permite contemplar la complejidad del fenómeno, y a la máquina como la palanca del cambio. La introducción de la máquina genera un «efecto dominó» o cadena, que consiste en que al conseguirse un resultado específico se producen, de forma espontánea, ciertas relaciones con resultados de nivel superior. Los efectos atraviesan el iceberg (utilizo este símil respecto al «efecto dominó» de esa revolución de la que algunos sólo aprecian lo más emergente, lo más aparente) en todas las direcciones y revolucionan no sólo la forma de fabricar, sino

Paradoja: la Revolución Industrial acercó más al mundo, lo hizo más pequeño y homogéneo. Pero esa misma revolución fragmentó el globo distanciando ganadores y perdedores. Engendró múltiples mundos».

también la forma de producir riqueza, las necesidades, los gustos, los valores, etc. El progreso económico y social es catalizado por un nuevo sistema de producción.

Como apunta Mises (2015-2: 103):

«En el universo no hay nunca en ninguna parte estabilidad ni inmovilidad. El cambio y la mutación son consustanciales a la mera existencia. Todo es pasajero; siempre estamos en «época de transición». La vida humana desconoce la calma y el reposo; constituye un proceso, nunca un *status quo*. Y, sin embargo, tendemos tercamente a engañarnos pensando en una invariable existencia. Las utopías, todas, quisieran poner punto instaurando algo inmóvil, permanente y final a la historia, absoluto».

Obvias razones psicológicas nos inducen a pensar así. El cambio altera nuestras condiciones de vida, nuestro ambiente; hemos de readaptarnos a nuevas situaciones: se lesionan las posiciones conseguidas; se ponen en peligro los sistemas tradicionales de producción y consumo; se molesta a quienes, de tarda inteligencia, la mutación les obliga a hacer el esfuerzo de pensar. Evidentemente, el conservadurismo es contrario a la propia naturaleza humana, y, sin embargo, la condición conservadora ha sido siempre la posición preferida por la inerte mayoría que se resiste torpemente a mejorar, siguiendo los cauces abiertos por las despiertas minorías».

Lo importante es destacar que el capitalismo es por naturaleza un método de cambio económico y nunca es estacionario. Su principal característica es la introducción de nuevas combinaciones y este proceso endógeno de creación destructiva, revoluciona incessantemente la estructura económica desde dentro, constituyendo su hecho esencial. La capacidad productiva del capitalismo no se debe a factores externos, sino a «la caza de beneficios por parte de los hombres de negocios» (Schumpeter, 1976: 110). Cuando la actividad empresarial se hace rutinaria, cuando los gigantes industriales se convierten en enormes burocracias, no sólo eliminan del mercado a las PYMES y a sus dueños sino también a toda la burguesía como clase, que pierde sus ingresos y, lo que es más importante, su función. Entonces suelen recurrir a atajos y buscar la connivencia con políticos y gobiernos de turno para poder expandir su poder contando con las herramientas del Estado. Es lo que

resulta en el llamado «capitalismo de amiguetes» o «clientelista» (*crony capitalism*), que pervierte el mercado y por tanto al capitalismo, y que también podría haberse llamado, con mayor razón, «socialismo de amiguetes» u «oligarquía político-económica». Esto es lo que genera un gran malestar en la ciudadanía, lo que alimenta populismos y anticapitalismos (al equiparar al capitalismo con ese tipo de empresas y empresarios ventajistas que abusan del poder), y lo que pavimenta el camino hacia el socialismo y el totalitarismo. Nada tienen que ver los mercados libres, el verdadero sistema capitalista, con ese capitalismo clientelar.

El capital ahorrado, y que ha exigido un sacrificio por parte de ese ahorrador convertido en capitalista, invertido, asumiendo un riesgo, en mejoras para producir más y mejor, y vendida su producción a precios más bajos para conseguir que personas excluidas del consumo de bienes y servicios puedan acceder a ellos, es el movimiento social y económico más inteligente, y por tanto creativo, que ha realizado el hombre para salir de la inmovilista miseria. Un movimiento de inclusión, igualdad y expansión, de confianza y riesgo, que entró para quedarse y sigue en constante evolución. Una revolución que procuró un aumento de población sin precedentes (durante el siglo XIX la población se duplicó en Europa) con el consiguiente impulso para una civilización más próspera. Como dijo Hayek en *La fatal arrogancia*: «Hemos llegado a ser hombres civilizados como resultado del aumento de seres humanos que, por otro lado, la civilización ha hecho posible: podemos ser pocos y salvajes, o muchos y civilizados». Y así ha sido; la Revolución Industrial posibilitó un desarrollo incontestable de la civilización.

Se dejó de producir exclusivamente para las elites y con ello se demostró que la miseria era reversible. No fueron diseñadores sociales, ni políticos, ni los gobiernos, ni grandes pensadores, ni filósofos los que descubrieron las soluciones. Fueron los empresarios, los inventores y los inversores los que provocaron una nueva realidad. Comprenderla y aceptarla mientras ocurría entiendo que requiere de una abstracción altamente compleja, pero comprenderla y aceptarla a día de hoy, no sólo resulta imprescindible, sino que además es relativamente más sencillo.

Quienes se dedican a producir sentido, a comprender la realidad, y gozan del privilegio y el don para comunicarlo, esas personas, que

cada vez son más (como dijo Schumpeter), no son plenamente conscientes de que aquello que dicen no se refiere tanto lo que 'es' como a lo que cada uno ve. Mises apuntaba a la envidia y al resentimiento, porque en ellos habita el dolor de la frustración. No lo descarto, de hecho, me resulta familiar por ser tan humano. Pero creo que también podría verse desde otra perspectiva. Los intelectuales se dedican a construir conocimiento desde sus propios prejuicios, ineludibles, pero con vocación de diseñador. Tal vez deba moderar mi propia opinión, pero no dejo de pensar que los intelectuales, todos, tienen vocación de diseñadores sociales. No es la ayuda al otro lo que impulsa al intelectual a elucubrar sobre realidades injustas y malas, sino su espíritu de diseñador social. Van creando su propio conocimiento a partir de observar la realidad y limitados por sus propios procesos mentales; de esa manera, el intelectual aprende a comprender la realidad que necesitará enseñar a otras personas que le escucharán o leerán. Si podemos ver su actividad con respeto y no con devoción, podríamos servirnos de sus procesos mentales para activar los nuestros, pero en ningún caso para subordinarnos a ellos. Tampoco creo que resulte útil ver en cada intelectual a un envidioso resentido, sino a una persona que se dedica a comprender y producir sentido, pero eso sí, el suyo.

Centrados en una cuestión de conocimiento cabe destacar que, en general, los intelectuales desconocen las bases teóricas sobre el funcionamiento de la economía. Como escribe Hayek, no es fácil comprender los principios de una economía libre, un orden espontáneo, abstracto, que nadie dirige ni controla. No es fácil para quienes además de carecer conocimiento suficiente, se encuentran demasiado lejos para asimilar los principios de una economía libre que nadie dirige. Tal vez ello pueda explicar la facilidad con que han creado la idea de que el capitalismo es esa especie de ser místico y todopoderoso que dirige las vidas de las gentes. ¿Será entonces que un intelectual, de los que abundan tanto hoy en día, y con el debido respeto a otros muchos, es más bien una persona con escaso conocimiento especializado o profundo, que razona desde sus patrones mentales, y busca darle sentido a la realidad impregnándola de sí mismo? Como dijo Mises de ellos (2015-b: 52): «Se puede discutir si es o no conveniente que todo el mundo estudie economía en serio. Ahora bien, existe un hecho cierto: quien habla

o escribe acerca del capitalismo y el socialismo sin conocer a fondo las verdades descubiertas por la ciencia económica, es un irresponsable charlatán».

VI CONCLUSIÓN

El sistema de libre mercado, el capitalismo, es el mejor sistema económico que la humanidad ha conocido a lo largo de su historia. Es la búsqueda de beneficio del capitalista lo que permite el progreso y, unido a este, el desarrollo de la sociedad. Otra cosa es quienes han abusado del marco institucional que les ampara y no han provocado más que ruina. O la distorsión que el Estado causa en multitud de ocasiones con su intervención en el sistema mediante políticas monetarias y fiscales. Esto es así, pues el capitalismo es el sistema que más libertad ofrece al individuo para lograr sus objetivos, para mejorar, para ejercer la acción humana.

Todos los seres humanos al actuar persiguiendo estar en una mejor posición que la que estaban antes de su acción, buscan, a su manera, un mundo mejor. Esta búsqueda es la que genera el perenne vendaval de destrucción creativa. Subrayo la palabra perenne. Creo que nunca cesará, que la destrucción de lo viejo da paso a lo nuevo, pues creo en la infinitud de la creatividad humana tanto como en la del universo. Es la parte más sagrada del ser humano, su parte más divina²⁶. La *digresión teológica* de Jesús Huerta de Soto (2010: 62-63) lo explica:

«admitiendo a efectos dialécticos que exista un *Ser Supremo*, Creador de la nada de todas las cosas, al suponer, como hemos visto, la función empresarial una creación *ex nihilo* de beneficios empresariales puros, parece claro que ¡el hombre se asemeja a Dios precisamente cuando ejerce la función empresarial pura! Significa esto que el hombre, más que *homo sapiens*, es *homo agens* u *homo empresario*, que se asemeja a Dios más que cuando piensa, cuando actúa, es decir cuando concibe y descubre nuevos fines y medios».

²⁶ He incluido un hipervínculo con una intervención mía sobre el tema (2009).

No creo que la incesante innovación inherente al capitalismo implique su destrucción ni que la marcha hacia una utopía socialista (como la ya emprendida por otros antes y acompañada de estrepitosos fracasos) que narra Schumpeter (1975: 167-231) describa un escenario plausible. Sí creo que, como nos instan a hacerlo Mises y Hayek, debemos permanecer vigilantes ante los ataques, malintencionados o no, que recibe el sistema que más bienestar y libertad ha procurado a la humanidad. El libre comercio que genera riqueza nunca ha sido el plato favorito de la intelectualidad. Desde la antigua Grecia (aquí recojo el pensamiento de varios autores, incluyendo economistas austriacos), empezando por Sócrates e incluyendo a Platón e incluso a Aristóteles, se ha odiado todo lo que oliese a actividad mercantil empresarial, a lucro, a beneficio. Hoy en día la 'progresía cultural' está en contra de la economía de mercado y apoya posturas socialistas/intervencionistas. En estos ataques hay algo de resentimiento y mucho de envidia e incultura económica. Es tarea de todos los que hemos comprendido las bondades del sistema de libre mercado y los peligros del intervencionismo estatal, replicar a sus agresiones, documentar nuestros argumentos, desvelar sus falsedades, desmontar sus mitos y leyendas, rebatir sus falacias. Espero haber contribuido a ello con este análisis.

Retomo las palabras de Schumpeter con las que comencé este trabajo, «en un indeterminado, aunque más bien próximo en términos históricos, futuro llegaría el final del capitalismo y el advenimiento del socialismo. Y ello como resultado de un proceso endógeno de autodestrucción en el cual el emprendedor e innovador capitalista tiene un papel fundamental: El proceso de destrucción creativa». Efectivamente creo que el emprendedor e innovador capitalista tienen un papel fundamental, junto al inversor y a los clientes, cada vez más exigentes, informados y flexibles, pero no en el sentido que vislumbró Schumpeter, sino en el sentido totalmente opuesto. El capitalismo nació espontáneamente, sin diseños grandilocuentes y sus raíces se encuentran arraigadas en las necesidades de los individuos. Como en todo proceso evolutivo, es posible que el capitalismo evolucione hacia otras formas, pero eso le corresponde a los hombre y mujeres que día a día crean y destruyen para crear impulsados por sus necesidades y virtudes que orientan su

acción. No existe ninguna razón para ver en ese proceso, como de hecho han hecho y siguen haciendo intelectuales de todo tipo, a una especie de Saturno devorando a sus hijos, a una bestia cruel y despiadada que nos envuelve en una atmosfera de egoísmo y codicia para alienarnos en la vorágine consumista. Los seres humanos podemos elegir en un sistema capitalista con mucha más libertad que en cualquier otro que hayamos conocido a lo largo de nuestra historia.

Quienes abusan del libre mercado, quienes practican una falsa empresarialidad buscando la protección del Estado, aliándose con este para procurarse posiciones de dominio, dan pábulo a los intelectuales de todo tipo que «mordisquean los fundamentos de la sociedad capitalista» y desean sociedades más intervenidas, menos libres, menos diversas, más uniformes, menos creativas, más controladas. Por ello, también hemos de respetar una intachable ética, acabar con los comportamientos corruptos que constituyen el combustible que alimenta la llama de la vigilancia estatal, del Leviatán, del «Gran Hermano»; de un control que, justificado por la «alarma social» que genera una empresarialidad corrupta o contraria a la ética mercantil, favorecen que el Estado aparezca como salvador de la ciudadanía y custodio de «las buenas costumbres» e incluso de una «sana competencia». Contra esas prácticas, nuestra actitud ha de ser la de defender las tantas veces denostadas «virtudes burguesas». Los emprendedores e inversores, hombres y mujeres que contribuyen al bienestar común, propagan y fortalecen estas virtudes, que Deirdre N. McCloskey reivindica en *Las virtudes burguesas* (2015), un delicioso recorrido por la historia en el que la autora emprende «una airada reivindicación del capitalismo frente a sus críticos y esgrime que en realidad se trata del mejor sistema social posible» (2015: contraportada).

Concluyo este trabajo citando a McCloskey en su descripción de estas virtudes aplicadas a la esfera mercantil, cuyo ejercicio supone la mejor manera de defender la propiedad privada, la ética individualista y el libre comercio, frente a las utopías sociales con las que tantos intelectuales anticapitalistas han combatido al libre mercado. Algo ciertamente deseable también para cualquiera que simpatice con los postulados de la Escuela Austriaca. Dice McCloskey (2015: 530-531):

«La principal virtud burguesa es la prudencia para comprar barato y vender caro. Lo reconozco. Así es. Pero asimismo la prudencia para negociar en vez de invadir, para calcular las consecuencias, para perseguir el bien con talento.

Otra virtud burguesa es la templanza para ahorrar y acumular, desde luego. Pero es también la templanza para educarse en los negocios y en la vida, para escuchar al cliente con humildad, para resistir la tentación a engañar, para indagar con paciencia si pudiera haber algún arreglo.

En tercer lugar, es la justicia para defender la propiedad privada que fue adquirida de manera honesta. Pero es además la justicia para pagar de buena voluntad al trabajo de calidad, para honrar el trabajo, para eliminar los privilegios, para valorar a las personas por lo que pueden hacer y no por quienes son, para percibir el éxito sin envidia, permitiendo que el capitalismo funciones desde 1776.

Una cuarta virtud es la valentía para incursionar en nuevas formas de hacer negocios. Pero asimismo la valentía para superar el miedo al cambio, para resistir la caída hasta la bancarrota, para ser atento con las nuevas ideas, para despertar a la mañana siguiente y enfrentar con alegría la jornada, resistiendo al desesperanzado pesimismo de la clase educada desde 1848 hasta la fecha. De este modo, la burguesía puede tener prudencia, templanza, justicia y valentía, las cuatro virtudes paganas.

Más allá de las virtudes paganas se encuentra el amor para cuidar de nosotros mismos. Así es. Sin embargo, se encuentra asimismo un amor burgués para cuidar de los empleados, socios, colegas, clientes y conciudadanos; para desear el bien de la humanidad, para buscar a Dios y descubrir una conexión humana y trascendente en el mercado de 2006, y en la benevolencia escocesa hacia 1759.

Otra virtud es la Fe para honrar nuestra comunidad de negocios. Pero es además la Fe para erigir monumentos al pasado glorioso, para preservar tradiciones comerciales, educativas, religiosas, hallando identidad en Ámsterdam, Chicago y Osaka.

Otra es la Esperanza para imaginar una mejor máquina. Pero es asimismo la Esperanza para ver el futuro como algo más que simple estancamiento o eterno retorno, para infundir la jornada con un propósito y apreciar nuestro trabajo como una espléndida vocación, desde 1533 hasta la fecha. De este modo, la burguesía puede tener Fe, Esperanza y Amor, las tres virtudes teologales.

En suma, las virtudes burguesas no son sino las siete virtudes puestas en práctica en una sociedad comercial. No son hipotéticas.

Desde luego, en incontables ocasiones hemos caído en vicios burgueses. El pecado es original. Pero la gran mayoría de nosotros vive en una sociedad comercial y el capitalismo no es de suyo perverso o inmoral. Todo lo contrario.

La expresión «virtudes burguesas» no es ninguna contradicción. Es el modo como vivimos la mayor parte del tiempo, en el trabajo, en nuestros días buenos; y la manera como deberíamos vivir, de lunes a viernes».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANTHONY, A. (2009): *El desencanto. El despertar de un izquierdista de toda la vida*, Editorial Planeta, Barcelona.
- COURTOIS, S. et al. (1998): *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, Espasa Calpe, Madrid.
- FRIEDMAN, D. (2012): *La maquinaria de la libertad*, Editorial Innisfree.
- HUERTA DE SOTO, J. (2010): *Socialismo, cálculo económico y función empresarial*, Unión Editorial, Madrid.
- LANDES, D.S. (1998): *The wealth and poverty of nations: why some are so rich and some so poor*, W.W. Norton, New York.
- MCCLOSKEY, D.N. (2015): *Las virtudes burguesas. Ética para la era del comercio*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- MISES, L. von (2015-c): *La acción humana. Tratado de economía*, Unión Editorial, Madrid.
- (2015-b): *La mentalidad anticapitalista*, Unión Editorial, Madrid.
- (2015-c): *Los fundamentos últimos de la Ciencia Económica. Un ensayo sobre el método*, Unión Editorial, Madrid.
- MURPHY, R.P. (2007): *Guía políticamente incorrecta del capitalismo*, Editorial Innisfree.
- NASAR, S. (2012): *La gran búsqueda. Una historia de la economía*, Penguin Random House, Barcelona.
- NORBERG, J. (2016): *En defensa del capitalismo global*, Unión Editorial, Madrid.
- PERRAULT, G. et al. (1998): *El libro negro del capitalismo*, Editorial Txalaparta, Tafalla.
- PIGOU, A.C. (1968): *Socialismo y capitalismo comparados/ La «Teoría General» de Keynes*, Ariel, Barcelona.

- POPPER, K. (1994): *En busca de un mundo mejor*, Editorial Paidós Ibérica, Barcelona.
- RAICO, R. (2012): *Classical liberalism and the Austrian School*, Ludwig von Mises Institute, Auburn.
- RALLO, J.R. (2014): *Una revolución liberal para España. Anatomía de un país libre y próspero: ¿cómo sería y qué beneficios obtendríamos?*, Deusto, Barcelona.
- ROTHBARD, M.N. (2013): *Historia del pensamiento económico*, Unión Editorial, Madrid.
- SCHOECK, H. (1999): *La envidia y la sociedad*, Unión Editorial, Madrid.
- SCHUMPETER, J. A. (2002): *Ciclos económicos. Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
- (1976): *Capitalism, socialism and democracy*, Harper & Row, New York.
- (2010): *¿Puede sobrevivir el capitalismo? La destrucción creativa y el futuro de la economía global*, Capitán Swing Libros, Madrid
- (2015): *Historia del análisis económico*, Editorial Planeta, Barcelona.
- SEDLÁČEK, T. (2014): *Economía del bien y del mal. La búsqueda de significado económico desde Gilgamesh hasta Wall Street*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- SKOUSEN, M. (2010): *La formación de la teoría económica moderna. La vida y las ideas de los grandes pensadores*, Unión Editorial, Madrid.